

INDICE

EL PATO CIEGO

LA BOLA DE CRISTAL

EL LIBRO ROBADO

EL VESTIDO NUEVO

EL AJI

UN HOMBRE

PUCHO

BUENOS PROPOSITOS

UN BARCO DE PAPEL...

(A manera de prólogo)

Al despertar vi, sorprendido, que a mis pies se extendía un enorme lago de miel y leche. Ondulábase hablando, satisfecho de su propia abundancia. Era magnífico. Escuché su discurso. Me invitaba a arrojarme en él, a gozar su blanda dulzura.

- ¿Dónde vas, lago de miel y leche? - lo interrogué.

Me respondió:

- Soy el lago de la felicidad. No salgo de mí. Me gozo a mi mismo.

Le di la espalda.

Y vi a mis pies un ligero arroyo de aguas clarísimas. Cantaba. No comprendí bien el significado de sus musicales palabras rítmicas.

Y le pregunté:

- ¿Dónde vas, arroyo?
 - ¿Lo sé yo mismo, acaso? - me respondió el ligero arroyo -, quizás voy al mar amargo, quizás al sol rutilante, quizás...
-

EL PATO CIEGO

Los niños saben crear todo de la nada...

Goethe

Josefina es una desmedrada indiecilla de once años. Fea. Su fealdad no inspira lástima. Su debilidad no le atrae compasiones. Sus ojos gachos y turbios, la madeja de sus cabellos enmarañados y el amarillento color de su piel, la hacen repulsiva. Su hurañez concluye por alejarla de todos, y se le allegan sólo para golpearla. Tímida, no protesta, llora en silencio; su llanto no escandaliza, y la pobre ni esa postrer arma posee. Cuando la zurrán, se esconde para llorar como si a quien le pegó quisiese ahorrarle el espectáculo de sus lágrimas. Trabaja de sirvienta; la señora la golpea, el señor la grita, la cocinera la estruja. Mansamente, Josefina soporta todo de aquellos tres seres agrios y viejos que no comprenden su tímida dulzura ni su niñez amedrentada.

Mas la indiecilla tenía un amigo. Era un pato a quien el señor le sacara los ojos, porque pensaba convertirlo en *paté de fois gras*. Josefina amaba al pato ciego, un pato gordo que no se podía mover, casi, y a quien hubo que sacar del gallinero para que no lo mataran a picotazos las demás aves. La chica vio en aquel pato, indefenso como ella, un camarada: los unía la desventura propia y la injusticia ajena.

Cuando los señores salían, cuando la cocinera quedábase dormitando frente al fogón, ella corría al fondo, a hablar con el pato ciego. Llevábale migajas y, mientras se las ponía en el ancho pico, le hablaba dulcemente, con el cariño inmenso que escondía en sus entrañas:

- Patito, patito mío, patito ciego; patito, patito. Te gusta, eh?

Te gusta, eh? ¿Te gusta, patito?

- ¡Cuá, cuá!... - hacía el pato, y tragaba.

- ¡Ah!, ¿me das las gracias? ¿Gracias me decís, patito, patito gordo? Tomá, comé, comé más, comé...

- ¡Cuá, cuá!... - hacía el pato, y tragaba.

Luego que el pato había comido, lo acariciaba sin dejar de hablarle:

- Pobre patito, patito querido, ¿decís cuá, cuá?, ¿decís que me querés, cuá, cuá?

- ¡Cuá, cuá!... - le respondía el pato.

Ella reía y continuaba:

- ¡Ja, ja, ja!, cuá, cuá, patito ciego; ¿te han quitado los ojos, patito? ¡Pobre pato! Quieren que engordés, pato, no engordés.

- ¡Cuá, cuá!... - parecía responder afectuosamente el pato, que se dejaba acariciar.

A veces interrumpía el idilio la áspera voz de la señora o el chillido de la cocinera, que la llamaban:

- ¡Josefina!, ¿dónde te has metido, india bribona?

Josefina entonces rápidamente, daba un fuerte beso en la cabeza del pato y salía corriendo y gritando:

- ¡Aquí estoy, aquí estoy!...

Eran Leda y el Cisne mitológicos, aunque la Leda estaba reducida a una fea chinita y el Cisne a un gordo y sucio pato.

Varios meses duró el idilio; pero una noche, mientras comía, entró la señora a hablar con la cocinera, dijo:

- Mañana va a matar el pato, ya está bastante gordo, ¿no le parece?

- Si, señora, está demasiado gordo y se puede morir si no lo matamos.

- Recoja la sangre.

- Esta bien, señora.

Se fue el ama, y Josefina no pudo tragar un bocado más. Se le había formado un nudo en la garganta, otro nudo en el estómago; le faltaban las fuerzas, parecía que iba a desmayarse. No pudo ni llorar. Terminada la comida, como era verano, se puso al fresco. Le ardía la cabeza, las manos le temblaban. Hacía dos años que muriera su madre, ella

había llorado mucho; pero sin sentir lo que ahora, esa desgana mortal, esa desazón que ni llorar le permitía. Si mataban a su amigo, su pobre pato ciego, ¿a quién iba a querer ella? ¿Al gallo? ¡No! El gallo picaba. ¿A las gallinas? ¡Eran tan esquivas! ¿A los pollitos? ¡Su madre era tan brava!... ¡No, ella no quería a nadie más! Muerto su pobre pato, ya con nadie más podía charlar, ya no podía besar a nadie más, ¡a nadie!...

Josefina sintiose desdichada, enormemente desdichada; hubiera querido morir ella en vez del pobre pato ciego. ¿Cómo salvarlo? ¿Se arrodillaría ante la señora, pidiéndole que no matara al pato?

Inútil, bien conocía ella a la señora, ¡qué pellizcos no la daría! ¿Le pediría al señor? ¿Acaso el señor, por no amargarla a ella, renunciaría a ese *paté de fois gras* con el que se saboreaba de antemano?

Josefina se resignó a que su pato, su amigo ciego, muriera. Ya resignada, lloró. Ya resignada, lloró; lloró con un llanto apacible que la consolaba; sin gemir, sin gritos, larga y silenciosamente...

De improviso tomó una resolución: despedirse de su amigo, hablarlo, besarle por última vez; y se dirigió al fondo.

Al oír su voz:

- ¡Patito, patito ciego!

- ¡Cuá, cuá!... - le respondió el condenado a muerte. La chiquilla fue a él y, entretanto le hablaba, lo besó ardientemente en el pico, en la cabeza, en los ojos.

- Querido patito, patito ciego, vas a morir; te matan mañana, patito, ya no te veré más, patito querido, ya no te daré más pan; te van a comer, patito mío, pobre patito ciego...

Y lo besaba, lo besaba enloquecidamente.

- ¿Qué decís, querido? ¿Sabés que vas a morir? ¿No llorás, patito?

- ¡Cuá, cuá, cuá, cuá! - le respondía el pato.

Ella, sollozante, lo seguía besando...

De la calleja, a la cual daban los fondos de la casa, llegaban las voces de unos chicos que jugaban.

- ¿Pescador, pescador, me dejará pasar?

- ¡Pasará, pasará, pero el último se quedará!

Josefina reconoció en el que habló último la voz de Ruperto.

¡Tuvo una corazonada!

Ruperto era un muchachote de su edad; pero sano y hermoso. Era bueno. Josefina lo suponía porque una vez en que dos muchachos la estaban pegando, Ruperto la defendió. Se había golpeado con los otros hasta hacerlos huir; después dialogaron:

- ¿Y no tenías miedo de esos? - preguntó ella, admirada.
- ¿Miedo, yo? Papá dice que no debo tener miedo a nadie.
- ¿Ni al diablo?
- ¡Ni al diablo!
- ¿Es bueno tu papá?
- Sí, y mamá también es muy buena.
- ¿No te pegan nunca?
- ¡Nunca! ¿No te digo que son buenos?

Desde esa vez, Josefina no volvió a hablar con su salvador; lo veía jugando siempre con los chicos, gritón, fuerte, ¡y dábale un gusto verlo tan alegre y tan hermoso!

Ruperto salvará mi pato - pensó la atribulada criatura; lo salvará como me salvó a mí.

Se asomó por una rendija del cercado:

- ¡Ruperto, Ruperto!...

Acudió el muchacho.

- ¿Eh, quién me llama? ¡Ah, Josefina! ¿Para qué me llamás? ¿Quieres jugar con nosotros?
- ¡No! Te llamo para ofrecerte un pato. ¿Quieres un pato?
- ¿Un pato? ¡Bueno!
- Esperá.

La chica cogió el pato, tan gordo estaba que a duras penas pudo alcanzarle por encima del cercado.

- ¡Tomá!

Ruperto se subió a unas piedras y estiró las manos:

- ¡Adiós, adiós, patito, adiós! - lo despedía la amante - ¡Adiós, adiós, patito ciego, adiós! - y lo besaba interminablemente en el pico, en la cabeza...
- ¡Te vas, te vas con Ruperto! ¡Ruperto es bueno, patito: tiene papás buenos que no le pegan, adiós, adiós, patito, adiós!
- ¡Cuá, cuá, cuá!... - hacía el pato, como si se despidiera. Ruperto lo cogió y, balanceándose con su peso, echó a correr.

¡Qué bien durmió Josefina aquella noche! ¡Que sueño más descansado el suyo! ¡Cómo veía feliz a su pato en casa de Ruperto, junto a sus padres, a quienes ella no conocía, pero a los que suponía buenos y sonrientes!

Interrumpió su sueño la cocinera, a gritos- ¡Bribona, haragana, durmiendo todavía, y se han robado el pato! La levantó de un brinco. Mientras se vestía, oyó los alaridos de la señora, enterada por la cocinera del robo. Luego los rugidos del amo, furioso... Josefina temblaba, los dientes se le golpeaban de terror: ¡si llegasen a descubrirla!... Pero los otros ni pensaron en ella. El señor se fue a la comisaría, la señora a averiguar por el vecindario, la cocinera salió también de averiguaciones, y Josefina quedó sola, pensando en el pato ciego que ella salvara de la muerte. ¡Y qué feliz se sentía! ¡Oh, si le parecía que el pecho se le abría y el corazón iba a salirse de él, saltando como una pelota!

Hasta dos días después no vio a Ruperto. Ella iba a un mandado y lo halló en la calle, correteando con otros chicos. Se le acercó a preguntarle:

- ¿Y el pato, Ruperto?

- ¿El pato? ¡Aquí está! - respondió él, y se golpeaba el estómago - ¡Aquí está!

Ella presintió lo horrible; pero quiso convencerse.

- ¿Qué, qué, qué?...

- ¿Qué? ¡Que lo comimos!

- ¿Lo comieron? - aún tuvo valor para preguntar, desolada, aturdida, como cuando la golpeaban en la cabeza.

- ¡Y bien rico que estaba, bien rico y bien gordo! ¡Ja, ja, ja!...

Rieron los otros chicos. Rieron sin saber por qué, quizás de sus ojos espantados, del dolor que se traslucía por ellos.

Nada dijo la indiecilla. ¡Estaba tan acostumbrada a sufrir, a soportarlo todo en silencio! Dio vuelta y emprendió el camino de su casa. Sentía otra vez aquella desazón aplastante, aniquiladora, de la noche en que supo que iban a matar a su amigo.

¡Y ahora su amigo había muerto! No lo lloró Josefina, ya resignada a no verlo más; su desconsuelo era otro.

Desconsolábala pensar que Ruperto era malo, que eran malos también los padres de Ruperto, malos como todos, como la señora, como el señor, como la cocinera, como los chicos de la calle, malos como todos los que ella conocía... Desconsolábala su engaño y, quizás también, pensar que, ¡infeliz! debía vivir en un mundo de malos que se comían a los pobres patos ciegos como su amigo, y les pegaban a las chicas débiles como ella.

LA BOLA DE CRISTAL

*¡Oh, innumerables niños tristes!
Consagrémonos a hacer brotar la santa, la
loca risa de sus labios rojos, y nos salvaremos.
Perdamos nosotros toda esperanza, con tal de
que en los niños resplandezca*

Barret

Esa tarde, mientras el maestro explicaba el procedimiento de la resta, Serafín anunció a su compañero de banco:

- Hoy compro la bola de cristal.

Pronto lo supieron sus vecinos, uno al otro se lo susurraban en baja voz, como si aquello fuese una misteriosa consigna:

- ¡Hoy compra la bola de cristal!

-¡Hoy compra la bola de cristal!

Para un buen número de chicos, el maestro ya hablaba en vano. Ninguno lo escuchaba, y al concluir la clase, convertido en héroe, admirado, Serafín se dirigió a la juguetería. Quince compañeros lo acompañaban. Todos sabían cómo consiguiera el pequeño Serafín aquellos fabulosos cinco pesos que costaba la bola de cristal: Cada domingo su mamá, una mujer que trabajaba de lavandera, le daba diez centavos para que fuese a dar una vuelta en la calesita.

Serafín se privaba de ello y guardaba los diez centavos para comprar la bola de cristal. Este ahorro, aquella privación.

Hacían del pequeño un héroe ante sus compañeros incapaces de uno y otra.

Serafín entró solo a la juguetería, los demás se quedaron en la puerta, mirándolo con tamaños ojazos. El más atrevido se aventuró a asomar la cabeza; pero eso sí, todos oyeron cuando Serafín, con voz segura, dijo al dependiente de la juguetería:

- Déme esa bola de cristal que tienen en la vidriera.

Fue el dependiente a descolgarla, y el grupo de chicos se amontonó frente a la vidriera, a ver esa difícil operación de sacar la roja y brillante bola de cristal del gancho desde el que hacía tantos meses se exhibiera al deseo de los escolares. La descolgó el dependiente, y la puso en las temblorosas, anhelantes manos de Serafín. Sacó éste tres puñados de monedas de a diez centavos y las depositó sobre el mostrador. Dijo:

- ¡Cinco pesos!

Su voz tenía ese seguro timbre del orgullo. El dependiente comenzó a contar las monedas: cuando acabó, Serafín preguntó:

- ¿Está bien?

- Faltan diez centavos.

A Serafín le dio un vuelco el corazón- ¡Cómo es eso!... ¡No, no! ¿A ver, a ver?

El dependiente, bromista, sonrió:

- Sí, sí, está bien; son cinco pesos.

- Buenas tardes - dijo el chico, y salió de la juguetería. Los compañeros lo rodearon, ansiosos de ver y tocar.

- ¡No la toquen! ¡No la toquen!...

Y, gritando, Serafín procuraba abrirse paso entre sus camaradas.

Comenzó a andar, lentamente, llevando la bola delante colgando del hilo; los demás, a su lado, detrás, saltando frente a él, atropellándose y hablando- ¡Qué linda!

- ¡Mirá como brilla!

- ¡Ponela al sol para que brille más!

- ¡Qué colorada!

- ¿Por qué no compraste una azul?... ¿No había una azul?

Serafín no respondía. Grave y feliz, marchaba con su roja y brillante bola de cristal, contemplándola en sus manos, ¡en

sus propias manos!, él, que todos los días, al pasar para la escuela, se quedaba mirándola un rato... ¿Y ahora era suya?... ¡Suya!...

Al doblar una esquina se encontraron con Gervasio, el más grande de la clase, un muchachote que, a pesar de sus trece años, no salía del grado segundo. Al ver a Serafín llevando la bola de cristal, dio un grito:

- ¡La bola de cristal!... ¿La compraste?

- ¡Sí! - respondió Serafín, e intentó seguir adelante; pero el otro, el muchachote, le atajaba el paso:

- ¡A verla, a verla!, préstamela. ¡Dejámela llevar a mí un poco!...

- ¡No, no, se puede romper, no, no! - casi suplicaba Serafín.

- ¡Préstamela!

- ¡No!

- ¡Un poco nada más, así!... - y ya alargó los dedos y cogió el hilo.

-¡Noooo! - rugía Serafín, desesperadamente.

¡Chas!... La roja y brillante bola de cristal se había aplastado contra el suelo. De tanto tirar uno y otro, el hilo cortóse, y la bola, hecha mil diminutos pedazos, allí estaba en el suelo, brillando al sol los rojos pedacitos. Diríase gotas de sangre. Transcurrieron unos segundos de estupor, y al cabo de ellos, Serafín, volviendo a la realidad terrible que era su querida bola de cristal deshecha en el suelo, alzó un alarido de dolor.

- ¡Ah!... - Y se arrimó contra la pared, a llorar convulsivamente, inconsolable.

Todos estaban confusos, y Gervasio lo estaba más que todos, quizás era el más dolorido también. Se arrimó al chiquillo que lloraba:

- No llores Serafín, yo...

No tuvo tiempo de terminar la frase, en su desesperación, el otro lo había arremetido a puñetazos y mordiscones, sin reparar en la diferencia de fuerza y edades. Gervasio sólo atinaba a defenderse y gritarle:

- ¡Si yo te la voy a pagar!... ¡Si yo te la voy a pagar!... Papá me da un peso todos los domingos, yo te los daré...

Serafín no escuchaba. Ciego, seguía arremetiéndole a puñetazos. Con uno de ellos le alcanzó en la cara, y a Gervasio se le coloreó la nariz. Oyó que algunos

comentaban:

- ¡Le sacó sangre!

- ¡Le sacó sangre de la nariz!

Rápidamente, el muchachote se pasó el dorso de la mano por la nariz, y lo vio manchado de sangre. Aquello lo enardeció, dio unos pasos atrás, tiró la gorra y apretó los puños. Furioso, le gritó:

- ¡Ahora no te pago nada!... ¡Ahora no te pago nada! ¡Vamos a pelear!

Y esperó la arremetida del otro, pero Serafín, intimidado por la actitud como por las gotas de sangre que veía sobre su boca, se contuvo:

- ¿Me vas a pagar mi bola de cristal? - le preguntó.

- ¡No! - contestó el muchachote - ¡No te pago nada, ahora no te pago nada!

Sintió el chiquillo que nuevamente la cólera volvía a apoderarse de él, de buena gana se hubiera echado sobre aquel grandote y lo hubiera estrangulado; pero bien veía en su actitud que ahora éste se hallaba dispuesto a pelear, furioso él también, y no se animó. Bajó al suelo los ojos, y ante los trozos menuditos, colorados como gotas de sangre, esparcidos por el suelo y que antes habían sido una hermosa bola de cristal, deshízose en sollozos nuevamente.

Gervasio cogió su gorra y se aprestó a irse.

- ¡Me la vas a pagar! Eh?...

- ¡No te pago nada! - respondió el otro, limpiándose la nariz, y desapareció.

El chiquillo, desconsolado, se tiró de bruces en el suelo, a llorar sobre los pedazos de lo que fuera su roja, brillante, querida bola de cristal. Trabajo les costó a algunos de sus compañeros sacarle de allí y arrastrarlo hasta su casa.

Al otro día Serafín faltó a clase. Un camarada que vivía en el mismo conventillo, explicó: "Está enfermo, ha amanecido con fiebre". Gervasio, al oírle, bajó la cabeza, confuso, como sintiendo las miradas que sus compañeros le hundían de soslayo. Serafín faltó dos, tres días, y el camarada, que vivía en su mismo conventillo, dio la nueva al maestro: "Había enfermado de fiebre tifoidea; esta tarde lo llevarían al hospital".

- ¡Pobre chico! - exclamó el maestro -. ¡Qué lástima, tan

estudioso!

- ¿Es grave esa enfermedad? - preguntó alguno.

- ¡Gravísima! - respondió el maestro -. ¡Gravísima! No es el primero que muere; más si la contrae un niño débil como él...

¡Morirse! La palabra le dio en la frente a Gervasio con más fuerza que si hubiese recibido un golpe. ¡Morirse! Hundió la cabeza en el libro que tenía delante, aunque no leía nada. No hubiese podido leer nada, atento sólo a los comentarios del maestro. Este siguió:

- ¡Pobre Serafín!... Vamos a hacer esto, muchachos: El jueves, día de visita en el hospital, vamos todos. Se va a alegrar mucho al vernos.

Los niños acogieron con júbilo la proposición.

- ¡Sí sí, vamos, vamos!...

Y el jueves, por la tarde, todos, con el maestro a la cabeza, fueron a visitar al enfermo. Faltaba uno: Gervasio. El maestro reparó en la falta, y al otro día, en clase, le preguntó:

- ¿Por qué no fuiste ayer al hospital, a visitar a Serafín? Gervasio agachó la cabeza, roja; y no hubo forma de hacerle responder. El maestro, un hombre ya canoso, sereno, no insistió más.

- Bien -dijo - iras el jueves próximo, porque nosotros pensamos ir todos los jueves a verlo, ¿verdad, muchachos?

- ¡Sí, sí, sí! - respondieron los chicos, alborozadamente.

Y al otro jueves, todos, con el maestro a la cabeza, fueron al hospital. Gervasio tampoco fue; el maestro, que desde el primer instante reparó en su falta, lo interrogó al otro día.

- Por qué no fuiste ayer, Gervasio?

Este hundió la cabeza, mudo y rojo.

- ¿Estás enojado con Serafín?

- ¡No!

- ¿Y entonces, por qué no vas a verlo?

No hubo forma de hacerlo hablar. Y el otro jueves faltó también. Al maestro comenzó a preocuparle la actitud del muchachote, su obstinación en no ir. Y en clase, a la mañana siguiente, volvió a interrogarlo:

- ¿Por qué no fuiste ayer, tampoco, a visitar al pobrecito?

¿Estás enojado con él? Pues él no lo está; me preguntó por

ti; me preguntó por qué no ibas a visitarlo como iban los demás compañeros. Por qué no vas, Gervasio? Mira que Serafín tiene una enfermedad muy grave, y si llega a morir vas a tener un gran remordimiento...

Gervasio, hundida la cabezota en los hombros, turbias las pupilas, callaba, y un chiquillo, haciendo latigear sus dedos en el aire, gritó:

- ¡Señor!

Se veía en su ademán que estaba dispuesto a decir al maestro todo lo que había ocurrido y por qué no iba Gervasio; pero éste lo miró de una manera tan dura que el chiquillo intimidose. El maestro, pensativo, no había reparado en él, e intentó arrancar una promesa al obstinado:

- ¡Si, irás! ¿Verdad que irás? ¡Estoy seguro que irás! ¡Si Serafín muere vas a tener un remordimiento tan grande!...

Pero Gervasio faltó ese jueves también. Y el maestro, tan bondadoso y sereno, acabó por irritarse. No lo habló en toda la semana, hizo como si no estuviera: pero el otro jueves, a la terminación de la clase matinal, lo llamó:

- Gervasio, ¿vas a ir esta tarde al hospital?

- ¡Sí!...

- ¡Ah!, ¡qué contento se va a poner el pobre Serafín, qué contento! Siempre nos pregunta por ti. Verdad, chicos, que siempre nos pregunta por Gervasio?

- ¡Sí, sí, sí! - respondieron varias vocecillas.

- ¡Y está tan mal el pobre! Vas a ver, hoy cuando lo veas, no lo vas a conocer de flaco y ojeroso que está. ¡Ya sabés! ¿No faltes, eh? ¿No vas a faltar?

- ¡No!

- A la una, en la Dirección del hospital. Allí nos reunimos todos, y vamos juntos a verlo. Lo miramos desde el vidrio de la ventana, porque no nos dejan entrar. Es una enfermedad contagiosa. Lo miramos, lo saludamos. Nada más. El nos saludó también, ¡tan contento!...

Ese jueves, pocos minutos después de la hora indicada, llegó Gervasio a la puerta del hospital. Tembloroso, visiblemente emocionado, entró en la sala de la Dirección. Ya estaba allí el maestro y un buen número de camaradas. Al entrar él, uno de éstos se apresuró a darle la noticia:

- ¡Ha muerto!

- ¿Eh? - hizo Gervasio, dio un paso atrás, abrió desmesuradamente los ojos, con el espanto en la boca que se le torcía en una mueca horrible.

Otro dijo:

- Murió anoche.

- Anoche a las diez y cuarto - confirmó otro, precisando los detalles, gozándose en precisarlos, al ver el efecto que hacían.

¡Chas!...

De las temblorosas manos del muchachote había rodado hasta el suelo una roja y brillante bola de cristal que traía oculta en la capa, y que se deshizo en menudos pedacitos: Diríase gotas de sangre.

EL LIBRO ROBADO

Tener en cuenta las necesidades del niño y satisfacerlas para que su vida pueda desenvolverse plenamente, es el fundamento de la nueva educación.

María Montessori

Para la clase de lectura, el maestro había llevado un libro que llenaba de admiración a los alumnos con sus historias y sus láminas; no sólo los maravillaba y entretenía, sino que muchas veces los obligaba a ocultarse bajo el banco con cualquier pretexto, a enjugar, rápidamente, la lágrima que uno de sus cuentos les arrancara.

Todos codiciaban el libro; pero el maestro ya lo había anunciado; ' fin de año se lo daré al más estudioso".

Cuatro o cinco se ahincaban en superarse mutuamente; otros, nada hacían, considerándolo perdido. Entre éstos, Godofredo Suárez, un muchacho ya de catorce años, sumamente perezoso. No pudiendo alentar esperanza alguna por el libro, decidió robarlo. Y lo robó. Una tarde, pasada la

hora de lectura, se deslizó a la clase durante el recreo, sacó el libro del cajón donde el maestro lo guardaba, y lo metió en su pupitre. Satisfechísimo, pensaba:

- Me lo escabullo en el chaleco, al salir; ¡y adiós, el libro es mío!

Mas en el otro recreo, oyó que el maestro, de cuyo alrededor no se apartaba, sin saber por qué, como necesitando espiarle, le decía a otro maestro:

- ¿Se acuerda del libro aquel que traje para lectura, el que pensaba dar de premio a fin de año? Me lo han robado. No sé cómo me he dado cuenta, porque nunca abro ese cajón; por casualidad, buscando un cuaderno, lo abrí y noté su falta.

- ¿Y qué piensa hacer?

- No diré nada, haré como que no me he enterado; y esta tarde, antes de salir, los registro a todos. Por fuerza, el ladrón es uno de los muchachos.

Godofredo Suárez, con el corazón que le golpeaba duro en el pecho, quedó blanco, sin poderse mover; y llevó a él una mano como temiendo que sus golpes los oyera el maestro.

En seguida lo poseyó un miedo espantoso, un deseo imperante de hacer, ¿qué?, ¡cualquier cosa! En su angustia por salvarse, echó a correr al aula, entró furtivamente, cogió el libro de su pupitre, iba a meterlo otra vez en el cajón de donde lo sacara; pero oyó pasos y, no sabiendo qué hacer, trémulo, con la cabeza que le daba vueltas, abrió otro pupitre, no hubiese podido decir de cuál de sus compañeros era, tal confusión lo poseía, metió el libro en él, y salió a la disparada por la puerta de atrás, a tiempo que un celador entraba por la otra. ¡No había sido visto! ¡Qué alegría! Pero necesitó un buen rato antes de reponerse del todo y adquirir su absoluta tranquilidad. Se puso a correr, a saltar por el patio, desenfrenadamente, necesitando fatigarse, dar salida a la fuerza nerviosa que se le había acumulado. Sonó la campana y Godofredo Suárez, alegre, no pensando sobre cuál de sus compañeros iba a caer la acusación infamante, se puso en las filas. El sólo pensaba:

- ¡Me he salvado, me he salvado!

Comenzó la clase, que era la última de ese día, y Godofredo Suárez, lo primero que hizo, fue mirar a ver quién se sentaba

en el pupitre.

¡Oh, quedó disgustado! Era Fernando Leal, uno de los más estudiosos, de los que más probabilidades tenían de ganar el libro. ¡Si él hubiese podido sacarlo de su pupitre y meterlo en el de otro muchacho que no fuera Fernando Leal, tan bueno! Triste, con amargura verdadera, Godofredo Suárez, de vez en vez, quedábase mirando al otro y recordaba que él le había enseñado los problemas en los exámenes, pasándole un papelito con las soluciones, aun exponiéndose a ser visto. Y otra vez, para que él pudiese ir a ver un partido de fútbol, Fernando Leal le hizo el mapa. Había trabajado dos horas de más, sólo para que él se divirtiera; y él, ahora... ¿Lo haría? ¡No! Inútil era pensarlo. No, no lo haría, su valor no era de tal naturaleza. El era capaz de cogerse a puñetazos con cualquiera, pero confesar eso, no era capaz, no tenía tal valor. Y este valor lo tenía Fernando Leal; Fernando Leal hubiera sido capaz de hacer esto, si en un momento de debilidad pudiese haber robado. ¡Ah, pero Fernando Leal nunca hubiese robado el libro, jamás! Godofredo Suárez tenía admiración por el otro niño, una admiración que databa desde los primeros días que se conocieron. Godofredo Suárez, mayor dos años que Fernando Leal, y uno de los mayores y más fuertes de la clase, prevalecía sobre los demás por su fuerza. Sin embargo, con Fernando Leal no pudo. Intentó cierta vez permutar su puesto con él, hasta se sentó en su banco, porque como estaba junto a la ventana, en él corría más fresco. Fernando Leal no quiso. Godofredo Suárez lo amenazó.

- ¡Si no cambiás de banco, verás en la calle! ¿eh?

- ¡No cambio! - respondió el chico, sereno; e hizo valer sus derechos ante el profesor.

Godofredo Suárez lo amenazó con abofetearlo a la salida.

Todos los niños pensaban que Fernando Leal, temeroso, no saldría; pero salió, y cuando el otro, seguido de algunos curiosos, se le acercó, amenazante:

- ¿Y ahora? ¿Y ahora?

- ¿Qué? - respondió él, tranquilo. Tan tranquilo que el grandote se inmutó.

- ¿Qué? ¡Que si quiero te rompo la nariz!

- ¡No me pegués, porque me voy a defender! - dijo el chico,

y dio un paso atrás, enarbolando la pesada regla. El grande se adelantó, pero dudando, impuesto por la serenidad del otro.

- ¡Te voy a romper...! - lo amenazó de nuevo.

- Me romperás - respondió Fernando Leal - pero yo te puedo abrir la cabeza con esta regla.

Intervinieron otros niños y Godofredo se dejó separar. Desde entonces intentó hacerse amigo de Fernando, y éste no se rehusó y le prestó su ayuda en todo lo que necesitara... ¿Y ahora?... Pensaba Godofredo Suárez...

-¡Pobre!... ¿Y ahora?... Va a aparecer como ladrón, él que es tan incapaz... Y él sí tendría valor para denunciarse al maestro y no dejar que culparan a un compañero inocente.

El sí tendría ese valor, ese valor que no era el suyo, valor de cogerse a puñetazos con cualquiera. Fernando Leal nunca peleaba con ninguno, pero no era un cobarde. Y él,

Godofredo Suárez, tan peleador y tan fuerte, ¿era un cobarde? ¡Cobarde!... ¿Era un cobarde él? ¡Cobarde!...

No escuchaba lo que se decía, atontado, como si toda la sangre la tuviese en la cabeza. Godofredo Suárez miraba todo sin ver, estaba en clase, sentado en un banco, y como si en realidad no fuese él quién estuviera allí. Oyó, por Ultimo, la campana anunciadora del fin de la clase, y al maestro que decía:

- ¡No se levanta ninguno, no se levante ninguno!

Y lo vio llegarse a un pupitre, levantarlo, revisar. Y revisar uno, otro, otro: llegar al suyo, revisarlo, pasar a otro, a otro... Los niños le miraban asombrados, presintiendo... Y de pronto, no bien abrió el pupitre de Fernando Leal, lo vio enrojecer de cólera y, como mascando las palabras, rugirle a éste:

- ¡Usted es un ladrón!

En su mano derecha alzaba el libro, y le repitió:

-¡Ladrón! ¡Usted es un ladrón!

Todos miraban a Fernando Leal: se hallaba pálido, sin hablar, no comprendía. Lo insultaban, el maestro le decía una palabra horrible, espantosa, algo que él nunca creyó que se la pudieran decir, y balbuceó:

- ¿Qué?... ¿Ladrón?... ¿Ladrón yo?

-¡Sí usted, usted, usted!... ¡Ladrón! - volvió a gritar el

maestro, torpe, rojo de cólera, y enarbolando el libro.

- ¿Yo? ¡yo, ladrón! - gritó a su vez, el niño.

- ¿Qué, lo niega? ¿Lo niega y acabo de sacar el libro de su pupitre?

- ¡Yo no lo he robado! ¡Yo no lo he puesto en mi pupitre!

- ¡Ah!, ¿todavía tiene el cinismo de acusar a otro?

El chico se defendía con lógica, que el maestro, iracundo, necesitando haber hallado al culpable, no podía comprender.

- ¿Y cómo cree usted que si yo hubiese robado el libro lo hubiese dejado aquí, en mi pupitre?

- Porque supondría que yo no me daría cuenta de su falta. ¡Y se acabó! ¡No me explique más! ¡Cállese! - le gritó autoritariamente.

Pero Fernando Leal no calló, ¡no!; por el contrario, alzó más la voz, con la cabeza bien alta, pálido hasta la muerte, las venas de la frente hinchadas; (¡qué hermoso y qué valiente!, pensaba Godofredo Suárez, y él se apelotonaba, cobarde, en su banco, a la expectativa). Gritó el chico:

- ¡No, no., no! ¡Yo no soy ladrón! ¡Yo no he robado el libro!

- ¡Lo he encontrado en su pupitre!

- ¡Porque otro que lo ha robado lo puso allí para salvarse él! ¡Yo no he sido, yo no soy ladrón!

- ¿Qué? - habló el maestro ya sin cólera y con voz más baja - . Tiene miedo a una penitencia y por eso sigue negando, ¿no? ¡No tendrá penitencia! Pero confiese que es usted, no niegue lo que todos hemos visto.

Fernando Leal habló también más bajo, y con seguro acento. Tenía la boca reseca, parecíale que iba a ahogarse, pero no le temblaba la voz.

- Yo no tengo miedo a la penitencia, yo no niego por miedo a la penitencia, yo niego porque no quiero aparecer como un ladrón cuando yo no soy ladrón. ¡Por eso niego!

Volvió a gritar el maestro, torpe, sintiéndose lesionado en su omnipotente autoridad por la firmeza de aquel niño que negaba un delito para él evidente.

- ¡Usted puede negarlo; pero usted es un ladrón!

- ¡No!, ¡no!, ¡no!

- ¡Usted es un ladrón!

- ¡Y usted es injusto!

- ¡Y usted se quedará sin recreo hasta que confiese, sin

recreo hasta que confiese!

Fernando Leal no habló. Sintiose laxo de pronto, sin fuerzas para gritar, sin energía para seguir defendiendo su inocencia; y se dobló sobre el pupitre, sollozando a gritos, ¡tanta era su pena!, mordiéndose los puños, ¡tanta era su humillación!

- ¡A las filas! - ordenó el maestro. Y los demás, sin decir nada, confusos, se pusieron en fila, en el patio. Godofredo Suárez, el último, antes de salir a la calle, arrojó una mirada al ovillo convulso que era su compañero Fernando Leal, sollozando sobre el pupitre. ¡De buena gana hubiese corrido a él, le hubiese confesado todo, llorando, porque él también, Godofredo Suárez, el muchachote de catorce años, el que se creía un hombre, él también sentía una angustia terrible y deseos de llorar, de llorar mucho! ¡Ah, pero él era un cobarde, y no era capaz de hacer eso, de confesar su delito!

Desde el día siguiente, Fernando Leal comenzó a cumplir la penitencia: a quedarse sin recreo hasta confesar que era culpable. ¿Cómo confesar lo que no había hecho? ¡Bien! Se quedaría sin recreo todo el año. Pasó un día, dos días, tres sin recreo... Pensó contar a su madre lo ocurrido. Desistió.

¿Para qué angustiarla? ¡Pobre su madre! Ella, que se desvelaba por hacerlo feliz, ella que sólo para él, su hijo único, vivía. ¿Con qué derecho iba a angustiarla? Pero él necesitaba decir a alguno la injusticia que pesaba sobre él...

¿Sus compañeros? En unos sí leyó que creían en su inocencia, en otros presintió dudas. La prueba era evidente para los más: el libro había sido hallado en su pupitre.

Decidió confiar a su padre la injusticia que lo atribulaba. Su padre, Evaristo Leal, era un artista, era músico. Fernando sentía por él admiración y cariño. ¿Sólo cariño y admiración? No. Lo veneraba también. Sabía que era un hombre justo y que todo el que se allegaba a él salía como purificado por su contacto, ennoblecido por sus palabras. Vagamente, había oído hablar a algunos viejos amigos de su vida consagrada al bien y al arte, y no por eso exenta de la injusticia de los hombres. ¿El había padecido injusticias? Lo comprendería mejor aún. Y un domingo que salieron juntos a caminar, aprovechando que no estaba su madre, se lo dijo todo. Y terminó:

- ¿Me crees, papá? ¿Crees que yo soy inocente, que yo no he robado el libro aunque lo hayan encontrado en mi pupitre?

Y el padre mirando a las pupilas claras de su hijo:

- ¡Te creo, hijo, sí te creo! ¿Cómo vas a mentir? ¿Cómo puedo creer que robes? ¡Si antes creería que el sol se apagara, hijo!

Fernando hubiese querido abrazarse a su padre, llorar. Estas palabras de él sí lo confortaban, si daba gusto ser bueno con este padre que le tenía fe.

Pero Evaristo Leal no calló. Por el contrario, habló de nuevo:

- Soporta la injusticia, hijo. ¿Acaso es la única vez que has de soportarla en tu vida si la consagras al bien? ¿Crees que quienes crucificaron a ese hombre que predicaba la fraternidad entre los hombres, a Jesús, fueron sólo los escribas y doctores de la Ley; los que, llenos de privilegios, no deseaban que todos los hombres fuesen hermanos y se amasen, ya que ellos vivían del odio que separaba a todos los hombres? ¡No! Quienes lo crucificaron, también fueron los desarrapados, los pobres a quienes él quería hacer hermanos de sus señores, los soldados que jugaban sus vidas para defender lo que no era de ellos, las propiedades de sus jefes y gobernadores. Es fatal y es triste, pero es así: ningún bien, ninguna verdad son comprendidos por los hombres si por esa verdad o ese bien ellos no hacen un mártir. Soporta la injusticia, hijo, aunque te produzca dolor; y ya verás cómo de ese dolor sales distinto y mejor que antes. Y ya verás también cómo desaparecerá esta injusticia que hoy te oprime, porque la mentira y el mal, ¡siempre!, temprano o tarde, ¡pero siempre!, son vencidos por el bien y la verdad. El niño salió confortado después de oír a su padre, confortado y decidido a soportar la injusticia. Y pasó, una, dos, tres semanas sin recreo. A veces, el maestro le preguntaba:

- ¿No confiesa que es usted quien robó el libro?

- ¡Yo no fui! - respondía él, simplemente, sin inmutarse.

- ¡Mire que se va a quedar sin recreo todo el año! - amenaza el hombre.

- ¡No importa! - respondía el niño -. Me quedaré sin recreo, aunque sea una injusticia.

Tal entereza encolerizaba al maestro torpe y autoritario, porque no era esto lo que veía en la generalidad de los niños hipócritas y cobardes, acostumbrados a combatir la autoridad omnipotente de sus padres y maestros con el disimulo; pero Fernando Leal, a quien sus padres jamás habían castigado, no sabía de disimulos.

Más de un chico ya le había aconsejado:

- ¿Y por qué no decís que robaste el libro? De ese modo saldrías al recreo.

- ¡No! - había respondido él, secamente, sin comprender a aquel niño que lo impulsaba a confesar un delito no cometido sólo para poder gozar del recreo. Sin comprenderlo, como éste tampoco comprendía su obstinación.

Otra vez, una mañana en que el maestro se hallaba, contra su costumbre, de muy buen humor, le dijo:

- Fernando Leal, puede salir al recreo. Lo perdono.

- ¿Qué me perdona? - dijo él - ¡Si yo no he hecho nada, si yo estoy en penitencia injustamente!

El maestro se encolerizó de nuevo, y gritóle:

-¡Soberbio! ¡Por soberbio se quedará sin recreo otra vez!

Y Fernando Leal volvió a quedarse sin recreo, y no disgustado, pues esa misma tarde se lo contó a su padre, y éste le dijo:

- ¡Has hecho bien! - y no dijo más.

Pero su padre se lo dijo con una voz extraña y le pasó una mano por la cabeza, acariciándola.

"Y ya verás también cómo desaparecerá esta injusticia que hoy te oprime, porque la mentira y el mal, ¡siempre!, temprano o tarde, ¡pero siempre!, son vencidos por el bien y la verdad..." Fernando no había olvidado estas palabras de su padre.

Una mañana llegó temprano al colegio, se dirigió a la clase y, al ir a entrar, vio a Godofredo Suárez, muy afanoso, y con un clavo, abriendo uno de los cajones del escritorio del maestro. Hizo algún ruido y el otro levantó la cabeza, espantado. Los dos niños miráronse, y Godofredo Suárez intentó balbucear una excusa:

- Iba a ver... estaba viendo...qué guardaba... quería ver qué había en ese cajón.

Fernando Leal comprendió que mentía:

- No - le dijo -, estabas robando, en ese cajón el maestro guarda los útiles, ibas a sacarle...

- Quería sacarle una pluma - se apresuró a decir el otro -, sólo una pluma. Me había olvidado de traer, iba a sacar una, nada más que una...

Calló; los ojos del otro niño lo observaban de una rara manera. Se miraron unos instantes, sin hablar, ambos pensaban lo mismo, exactamente lo mismo. Y Fernando, señalándole con el índice:

- ¡Ya sé quién robó el libro!

Había tal firmeza en sus palabras, que Godofredo no pudo negar, le fue imposible mentir. Como lo cogiera robando, ahora que éste lo acusaba...

Pero reaccionó aún, y gritó, descompuesto:

- ¿Y me vas a acusar? ¿Me vas a acusar?

Respondió Fernando Leal:

- ¡No!

- ¿Y vas a seguir quedándote sin recreo?

- ¡Sí!

Godofredo Suárez sintió que su antigua admiración por aquel niño que no era el de cogerse a puñetazos con cualquiera, como era el suyo, de un valor tan distinto, pero que él intuía tan superior al suyo, crecía, crecía... Y se excusó:

- Yo no hubiese puesto el libro en tu pupitre, yo quería meterlo otra vez en el escritorio del profesor, no tuve tiempo, oí pasos y tuve miedo que me pillaran, lo metí en el primer pupitre que encontré, resultó el tuyo... ¡Yo te voy a acompañar en clase, en los recreos, me voy a quedar yo también!

Fue inútil que Fernando Leal protestara. Godofredo Suárez salía con los demás y volvía a los pocos segundos a hacerle compañía en la clase, para salir unos segundos antes de que tocara la campana. En su modo de ser, niño educado en la hipocresía y el miedo, educado en el disimulo, no sabía que su deber era confesar al maestro la verdad de lo ocurrido, no tenía valor para hacerlo. No sólo lo acompañaba en los recreos, sino que a la salida del colegio iba con él hasta la puerta de la casa; y una vez que un changador, pasando con un bulto, dio a Fernando en un hombro, sin querer,

Godofredo Suárez lo insultó rudamente, tan rudamente que el changador dejó el bulto dispuesto a pelear. Y el chico se le fue encima, inopinadamente, a puñetazos y mordiscos.

Algunos paseantes intervinieron, los separaron. Godofredo y Fernando siguieron su camino. Aquel iba alegre, muy alegre de haber demostrado a su amigo que también era capaz de hacer algo por él, aunque no fuese capaz de confesar al maestro su delito. Godofredo Suárez hubiese deseado que el otro niño se hallara a punto de ahogarse o en un incendio, para correr y él exponer su vida y salvarlo...

Transcurrieron uno y dos meses. Ambos niños acabaron por hacerse inseparables. Godofredo no dejaba de acompañarlo todos los recreos en la penitencia, como tampoco de ir con él hasta la puerta de la casa, todos los días. Una tarde, Fernando lo invitó a entrar; Godofredo dudó:

- ¿Sabes tus padres que yo?...

- ¡Papá, sí!... A mamá no le quise decir nada, porque hubiera sufrido mucho sabiendo que me acusaban de ladrón.

- Y tu papá... tu papá... ¿Qué dijo al saber que sabías que yo... que yo era... y que no me acusabas?

- Me dijo que hacía bien, que yo no tenía derecho de acusarte, que si vos...

- ¿Si yo qué, qué?...

- Nada, nada; entrá...

- ¡Ya sé que te ha dicho! Te ha dicho que yo debía confesarle al maestro...

Fernando lo interrumpió:

- Vamos, entrá, vas a conocer a papá; voy a hacer que toque el piano.

- ¡No, no entro, no entro! - se obstinó Godofredo Suárez -

¡No entro! ¡Me voy! ¡Hasta mañana!

Y se fue, bruscamente, como si necesitara huir de aquella casa de su amigo que tenía un padre tan extraño. El suyo, su padre, ese hombrachote brutal que a veces gritaba como un loco, no le hubiese aconsejado que callara, no. Ya lo veía él: rojo y enorme, ya lo oía:

- ¡Estúpido! ¿Y vas a seguir cumpliendo la penitencia de otro?

¡Estúpido! Si mañana mismo no lo acusás, te rompo a patadas. ¡Estúpido!

A la mañana siguiente, estaban en la clase de lectura,

cuando Godofredo Suárez, metiendo la cabeza entre los brazos y caído sobre su pupitre, echó a llorar.

El maestro se llegó a él, y le alzó la cabeza:

- ¿Por qué llora?

Godofredo Suárez lo miró a la cara, erizada de pelos, miró los ojillos verdes y fríos del maestro, y dijo, entre sollozos siempre:

- Me duele... me duele el oído...

- Vaya a la Dirección, vaya a pedir permiso, váyase a su casa, pues. ¿A qué meter este escándalo? ¡Vaya!

Lentamente, Godofredo cogió su gorra, sus útiles, y salió con la cabeza gacha... El maestro continuó la clase de lectura.

Pasó un rato, y se presentó un celador en la clase.

- Señor, lo llaman de la Dirección.

El celador continuó la clase de lectura. Pasó otro buen rato y volvió el maestro. Godofredo Suárez lo seguía, llorando siempre, y ocultando su rostro en la gorra, fue a sentarse.

- Fernando Leal - dijo el maestro, y su voz cálida de emoción no era su voz agria de todos los días-. Fernando Leal, su compañero Godofredo Suárez me lo ha confesado todo. El sacó el libro y lo metió en su pupitre para que no lo sorprendieran, él...

- ¡Ya lo sabía! - respondió Fernando Leal.

El maestro lo miró largo rato esta vez, largo y hondo, casi sin comprender bien lo que oía. ¿Acaso él había comprendido alguna vez a ese alumno? Por primera vez en su vida, después de tantos años de maestro, se encontraba con una criatura así. Se hallaba asombrado de tal encuentro, asombrado y arrepentido de su actitud tan torpe para con él; balbuceó:

- ¡Usted!... ¿Usted lo sabía?

- ¡Sí!

- ¡Lo sabía!

- ¿Y por qué no lo acusó?

- ¿Cómo por qué no lo acusé?

De tan sencillo modo hizo esta pregunta, que el maestro comprendió que, para el niño, él había dicho una monstruosidad. Lo contempló unos segundos más; la clase en silencio, porque Godofredo Suárez ya había dejado de llorar, aunque seguía oculto entre los brazos, la cara contra

el pupitre.

Habló el maestro, deteniéndose, sin seguridad en los que decía, como si él fuese un escolar sorprendido en falta y aquel niño de ojos claros, ¡no un maestro, no el director!, como si fuese un juez inapelable:

- Usted me va a disculpar, Fernando, la penitencia: pero... usted comprende... yo encontré el libro en su pupitre... que podía imaginar... le pido que me disculpe...

Habló el niño:

- Y yo le pido también que no lo castigue - y señaló al bulto sin cabeza que era Godofredo Suárez, agachado sobre el pupitre -. No lo castigue, de todas maneras la penitencia de él ya la he cumplido yo...

- ¡Siga leyendo! - ordenó el maestro al niño que leía antes de que ocurriera todo esto -. ¡Siga! - volvió a gritar con voz debilísima, quebrada.

El otro alumno continuó leyendo y el maestro comenzó a pasearse. De pronto se detuvo frente a Fernando Leal, le levantó la cabeza y se le quedó mirando, fijo, muy fijo, como si intentase leer lo incomprendible en aquellas dos pupilas claras y bellas de niño. Lo miró mucho, como si hubiese querido hablarlo; y luego se bajó hasta él y lo besó en la frente. Fue un beso efusivo y sonoro. El niño que leía se detuvo, asombrado como todos los demás, hasta Godofredo Suárez había levantado la cabeza y miraba. El maestro volvió a gritar, imperioso en el gesto, aunque con voz más débil, más quebrada que antes:

- ¡Siga leyendo!

Tenía una cara rarísima el maestro, una cara que nunca habían visto los muchachos en aquel hombre tan frío y duro. Daba la sensación de que se la hubieran encendido por dentro y que irradiara...

EL VESTIDO NUEVO

... el músculo blando, los huesos sin firmeza, los ojos apagados, de aquellos

*niños de los pobres que son la cosa
más triste que mira nuestro sol.*

Gabriela Mistral

Tucha era la mayor, tenía catorce años: dos de sus hermanos, menores que ella, la aventajaban en robustez y estatura. Era pequeñita y pálida, con los cabellos rubios ralos y dos enormes pupilas color violeta que, a poco tiempo de mirarlas, hacían creer que era linda su desteñida faz de rasgos vulgares. Tenía otros tres hermanitos, tres guiñapos puro hueso y piel, sucios y chillones. Los padres y sus seis niños se apelotonaban en una sola pieza, la que llevaba el número 96 del conventillo. ¿Moblaje? Lo habían tenido, seguramente; restos de algo que habría sido un moblaje aún adornaban el cuartucho; era una cama de matrimonio y una cómoda, ésta ahora con los cajones rotos y un ladrillo en el lugar de una de las patas. Había dos camas más, de hierro. En una, la pequeñita, acostábase Tucha, la mayor, sola, porque ya casi era una mujer. En la otra, dos en la cabecera y dos en los pies, dormían cuatro de sus hermanos. El más pequeño se arreglaba a los pies de la cama de sus padres. ¡Lo que tenía que soportar el pobrecillo! De vez en vez, el padre se emborrachaba y se ponía insufrible; si el niño se movía en la cama, él lo cogía a puntapiés, entre gritos terribles que llenaban de terror a los demás niños. La madre tenía que ponerlo junto a ella entonces, apretujándose los dos, madre e hijo, para dar el mayor espacio posible al hombre borracho. Este, una noche, hasta llegó a expulsar a su mujer y al pequeñito del lecho, porque hacía mucho calor y lo molestaban. Ella dormitó sentada en una silla y con el niño en brazos, mientras el hombre roncaba cómodamente. Serían las dos de la madrugada, cuando Tucha se levantó; no podía dormir, dijo, y ofreció su camita a la madre y su chicuelo, no quería aceptársela ella, pero la niña comenzó a vestirse asegurando que esa noche estaba desvelada, y se acostó la madre, acostó a su niño y se durmieron. Pero como a la mañana siguiente hallaron a Tucha dormida sobre la mesa, comprendió... Comprendió y, acercándosele, le pasó una mano sobre los cabellos rubios. La niña la miró con sus

enormes pupilas violetas. Nada más. No hablaron, no necesitaban hablarse aquellos dos seres sufridos, mansos y desdichados. La madre tenía sus mismas pupilas violetas y su cabello rubio; y Tucha, que ya comenzaba a componerse y encintarse, reparó cierta vez en que debía haber sido linda, tal vez muy linda, más linda que ella con toda seguridad. ¡Y ahora tan insignificante!: con arrugas como surcos, y tan marchita que parecía una de esas flores viejas de papel sobre las que ha dado mucho el sol. ¡También la vida que llevaba...! ¡Qué vida con aquel hombre, ebrio, de una brutalidad egoísta; qué vida, con aquellos apurones que se daba para poder dar de comer todos los días a sus cinco hermanos y a ella! ¡Vaya si comprendía, y no de ahora, sino desde años atrás, vaya si comprendía Tucha lo que pasaba allí! Su padre, obrero pintor, no trabajaba todos los días; y ella vio salir la máquina de coser, vio salir el vestido de paseo de la madre. De esto último hacía dos años y, desde entonces, nunca la vio pasar de la esquina, para ir hasta el almacén, desgüeñada, en chancletas... ¡Y habría sido linda su madre! Cierto que ella, Tucha, tampoco llevaba una existencia muy envidiable, metida en aquel cuartucho, con aquel padre brutal y entre los hermanos suyos chillones y que se pegaban entre sí por cualquier cosa. Y esto, con regocijo del padre, a quien aquello divertía...; pero, en fin, ella se pasaba buena parte del día en el taller, aprendiendo de modista, y después "el Ruso", como le llamaban al inquilino de la pieza 107, le prestaba libros, novelas y cuentos... En fin, que su vida no era la de su madre, que se levantaba a cocinar y remendar trapos y se acostaba cocinando y remendando, siempre con olor a frito. ¡Y si fuera eso sólo! El martirio de su madre, ¡oh, si Tucha lo veía, lo palpaba minuto a minuto!, el martirio de su madre estaba en su intento de conformar al padre, gruñón, malhumorado siempre, que jamás tenía una palabra dulce para ella. Si quedaba harto, no decía nada; pero si no quedaba harto, ¡ah!... sus gritos y sus puñetazos contra la mesa se oían hasta en el tercer patio del conventillo. La mujer y los niños aterrorizados, se acoquinaban, mudos; y el hombre, rugiendo y pateando, los llamaba: "sanguijuelas que se tragan mi trabajo", "sanguijuelas que se chupan mi

sangre"... Hasta que se iba, ya sabían adónde. La mujer y Tucha lo esperaban tal como volvía: borracho, gritando de nuevo, a estrujar a los muchachos ya dormidos, para quedarse él, embrutecido y roncando... ¡Cómo compadecía Tucha a su madre! Al fin ella, Tucha, tenía sus regocijos, Por ejemplo, esa mañana regresaba del taller con la sensación de que el pecho tuviese un puñado de cascabeles: se casaba una hija de su patrona y, para que pudiese asistir a la fiesta, le había regalado un vestido. ¡Un vestido nuevo! ¡Un vestido nuevo para Tucha! Ella, que en su calidad de aprendiz, tantas veces hubo de trajinar por esas calles con vestidos nuevos en el brazo, "vestidos nuevos para otras", pensaba; ahora. Hoy, en ese momento, llevaba un vestido nuevo en el brazo, cuidadosamente envuelto en un papel, escrupulosamente doblado; pero ese vestido nuevo era como si fuese el primer vestido nuevo que existiese en el mundo, tenía una prioridad única: ¡ese vestido nuevo era para ella, para Tucha, para la aprendiz, no para ninguna parroquiana!... Y lo llevaba con tanta delicadez, con un cuidado tan sumo como si "su vestido nuevo" - "¡su vestido nuevo!" - hubiese sido de cristal. ¡Más!: como si "su vestido nuevo" hubiese sido de espuma. Lo llevaba evitando el roce de los transeúntes y mirándolo de vez en vez, como si temiera que la brisa se lo deshiciese.

Entró hablando en su cuartucho. La madre se regocijó con ella, los hermanitos comían tan indiferentes a su júbilo como lo hubiesen permanecido ante su dolor. El padre la miró varias veces, la miró de reojo, en tanto ella volcaba sobre la madre el cantarino chorro de palabras de su regocijo. El, callado, torvo como siempre, siguió comiendo. Tucha casi no probó bocado. ¡Ella estaba tan alegre, tenía un vestido nuevo! ¿Que eso no era para alegrarse hasta el punto de no comer? Sí, eso sería para otras, para las niñas ricas, para esas parroquianas de su patrona que estrenaban varios trajes por año; pero ella, Tucha, era el primer vestido nuevo que tenía en su vida, ¡el primero a los catorce años! ¿Cómo no alegrase hasta no comer de emoción?... El padre y los hermanitos tragaban; dos de los más pequeños se iban a tomar a golpes por un trozo de pan; Tucha les repartió el

suyo para que no pelearan. ¡Cómo! ¿Había alguien que pudiese pelear en ese día?

Metió su vestido, escrupulosamente estirado, en el cajón de la cómoda, el único que tenía llave, y se guardó ésta. Comió de pie dos bocados, sólo para complacer a la madre. ¡Si este día hubiese bebido para complacer al padre, si él lo hubiese querido! Este día ella necesitaba complacer a todos. Y salió para el taller, resonante el pecho de palabras sin sentido quizás, pero sonoras, musicales...

Volvió casi de noche; el padre dormía, borracho hasta más no poder. Llorando, la madre le contó la escena: ¡la había llegado hasta pegar esa tarde! Uno de los chicos lo tenía una vecina en su cuarto; si no se lo saca, lo estrangula. Había estado terrible, seguramente bebió como nunca esa tarde.

Tucha sintió lo que debe sentir una copa de agua pura y fresca a la que, de pronto, se le echara un montón de barro; sintió ensuciársele su alegría. Y pensó: ella en el taller, tan contenta, charlando y riendo, en tanto la madre aquí...

No se acordó ya de su vestido nuevo, aunque ella venía lo más apresuradamente posible para sacarlo del cajón, estirarlo, contemplarlo otra vez... Comió sin hambre y se acostó. Se acostó a soñar: primero con los ojos bien grandes, con las hermosas pupilas violetas hundidas en un punto del techo; después, dormida, pensando en que a la otra noche, a esa misma hora, vestida con su vestido nuevo... ¡Cómo soñó en voz alta esa noche, cómo rió a carcajadas!

Despertó al otro día, un poco más tarde que de costumbre. Su padre ya había salido, sus hermanos también; sólo la madre estaba allí, dando de comer al más pequeño. Ella se tiró en camisa de la cama y corrió al cajón, a mirar y tocar su vestido nuevo. Al verla, la madre dio un grito terrible, un grito de angustia que la paralizó de asombro:

-¡Tucha!

- Eh?... ¿Qué?

- ¿Dónde vas, dónde vas?...

- Pero mamá, voy a ver mi vestido nuevo...

Y se detuvo saboreando el posesivo.

-¡Tu...!

Dijo la madre; y no pudo hablar una palabra más.

Tucha había abierto el cajón y, vuelta hacia ella, la interrogaba:

- ¿Mamá, y mi vestido? ¿Y mi vestido nuevo, mamá?

La madre sólo lloraba; y el chiquillo, a quien ella había dejado de darle de comer, lloraba y gritaba también, para que se le diera. ¿Qué le importaba a él de nada? El estaba comiendo y, para llorar, su madre había dejado de darle de comer. ¡Y él quería comer! Lloraba y gritaba.

Tucha, lentamente, se acercó a la madre. ¿Por qué lloraba? Algo terrible, algo espantoso, algo que no se atrevía ni a imaginar, había ocurrido.

-¡Mamá!... - habló.

Y la madre, levantando la cabeza desgredada, canosa ya, entre sollozos, le contó lo ocurrido:

- ¡Tucha, hija mía, yo soy una desgraciada, todos somos muy desgraciados! ¡Yo quisiera morirme de una vez, yo y todos, para que ninguno se quedara a sufrir!

- ¿Qué ha pasado, mamá?

- No bien te fuiste, tu padre hizo saltar la cerradura del cajón, yo se lo quise impedir y se puso furioso hasta pegarme. Sacó tu vestido y se fue con él; cuando volvió, venía borracho; le pegó a Manuelito... ¡Yo soy una desgraciada, yo no se porqué soy tan desgraciada! El se acostó, por fin; en uno de sus bolsillos hallé la papeleta. Aquí está.

Fue al cajón donde guardaba las papeletas de empeño, donde estaban las de los muebles y ropas ya perdidos por no pagar las mensualidades, y de él sacó la papeleta y se la dio a Tucha. Esta leyó: ocho pesos...

- ¡Ocho pesos! - dijo en voz alta; y los ojos se le nublaron.

-¡Se los bebió! - continuó la madre -. Cuando volvió no traía nada.

Tucha tuvo que sentarse en el borde de su lecho para no caer, con la papeleta que le temblaba en las manos como el ala de una mariposa agónica... ¡Y lloró por fin! Tirada boca abajo, ahogando los gritos contra las almohadas, lloró, lloró, como fuera de sí, sin fuerzas ni aun para pensar, lloró... El niño había callado; la madre, sollozando siempre, le daba de comer, y el niño tragaba, satisfecho.

¿Cuánto tiempo lloró? Tucha no lo sabía. ¿Cómo saberlo si había perdido toda noción de tiempo y de lugar? Ni aun sabía donde estaba. Oyó voces confusamente, la voz de su madre, la voz del "ruso", como llamaban al inquilino de la pieza 107. ¡Todo tan vago!... ¿Tal vez se desmayara?... Y por fin, oyó a la madre, sentada en el lecho, a su lado:

- Tucha, hija mía: ya tengo los ocho pesos. Aquí están. Así sacás el vestido del empeño. Aquí están. Me los ha dado el "ruso", el tipógrafo de la pieza 107.

Se volvió con las pupilas violetas desmesuradamente grandes, borrosas de lágrimas aún:

- ¿Eh? ¿Qué?... ¿Qué?...

La madre siguió hablando:

- El ruso" me ha dado los ocho pesos. Aquí están.

- ¿Te ha dado los ocho pesos? ¿Y por qué?

- Pasaba y te oyó llorar; me preguntó y se lo dije todo. El sacó los ocho pesos y me los dio. Yo no quería recibirlos; le dije que no se los podría pagar nunca. Me los regaló. Aquí están. Sacá el vestido del empeño. Aquí están.

Le metió los ocho pesos en el puño que aun apretaba la papeleta. Tucha, de un salto, se puso de pie. Sentía como si nueva sangre le calentara el cuerpo. ¡Tenía otra vez su vestido! ¡Ah, cuando hallara al "ruso", las cosas que le diría! ¿Cómo le daría las gracias? Otra vez era suyo su vestido nuevo, ¡su vestido nuevo!, al que ya creyó perdido para siempre; ¡y podría ir a la fiesta esa noche, y eso cuando ella creyó que ya no iría!... Otra vez el puñado de cascabeles de su juventud ilusionada comenzó a cantarle en el pecho feliz. ¡Oh!, pero su madre seguía triste. ¿Por qué seguía triste? Bien se le veía en el ceño grave de su faz marchita, en la mirada sin brillo de sus ojos. Le preguntó:

- ¿Que tenés, mamá?

-¡Nada, hija, nada! ¿Qué voy a tener? Andá pronto, sacá tu vestido, hija...

- ¡Sí, sí!...

Y empezó a arreglarse apresurada, aunque observando a la madre. Ya iba a salir cuando se volvió:

- ¿Qué tenés, mamá? ¡Estás triste!

- ¡Nada, hija, nada!

Pero rompió a llorar desesperadamente, con los dos puños

en la cara y, sin poderse contener, necesitando echarse sobre alguno, para que alguno compartiera su dolor; inconsciente casi de lo que hacía, pero sintiendo algún alivio al hacerlo, contó a la hija su pena dura, esa que la entristecía más aún la faz agrietada: El padre, todavía borracho, había salido sin darle ni un centavo con qué comprar el puchero. A las doce vendrían los niños... ¿Qué les daría de comer? Fiar, no le iban a fiar; ya no tenía crédito, y a la mujer de un borracho le desconfían los comerciantes...

-¡No tengo ni para un kilo de pan!

Tucha la interrumpió:

-¡Tomá!

Y le puso los ocho pesos en la mano. La mujer levantó la cabeza:

- ¿Y tu vestido Tucha, y tu vestido nuevo?

- Lo sacaré cuando haya plata.

- Sí, pero la fiesta es hoy; no vas a poder ir...

¡No ir a la fiesta! Tucha no había pensado en eso. ¿No ir a la fiesta?

- ¡No voy, no importa, no voy! ¡Bah!... ¡Puf!...

Lo dijo de tal modo, encogiéndose de hombros de manera tan despectiva, que la madre creyó que a su hija, poco acostumbrada a fiestas, no le importaba ir o no ir.

- ¿Pero para qué me das los ocho pesos? Con uno basta para la comida de hoy; mañana tal vez...

- De todas maneras, con siete pesos no podré sacar el vestido. El plazo para renovar es de tres meses; de aquí a tres meses quizás me los puedas devolver. Entonces lo saco. Mañana tampoco tendrás para la comida, ya sabés que cuando papá anda así, no trabaja. ¡Guardate todo! ¡Bah! Dentro de tres meses saco el vestido.

Y ella bien sabía que su madre nunca más podría tener aquellos ocho pesos juntos para gastarlos en una cosa tan superflua como un vestido nuevo; pero dobló la papeleta en dos, la dobló en cuatro, la dobló en ocho. Y se la metió en el seno tan delicadamente como si la papeleta hubiese sido una flor, como si hubiese sido una flor seca.

EL AJI

Mis queridos niños - les decía Aliuscha a los escolares, en el entierro de Ilianha -, sabed que no hay nada más elevado, más poderoso, más útil que un buen recuerdo de la infancia; el hombre que logra reunir muchos, está salvado para toda su vida. Pero uno solo basta.

Dostoieski

Se llamaba Lucas Salazar, pero ningún muchacho le sabía nombre ni apellido. Su mote, "El Ají", puesto a causa de la irritabilidad de su carácter, se perpetuaba de generación en generación de muchachos, sus alumnos, y había quienes, ya hombres, ignoraban que se llamaba Lucas Salazar. Menudo, encorvado, su nariz ganchuda, como si fuese un animal curioso, salía de aquel rostro canijo, lleno de chuzas... "El Ají" envejecía año por año, siempre diciendo las mismas cosas, en aquella aula de 4o. grado del Instituto Pinet, un colegio particular. Seguramente había entrado joven, porque ya tenía ex alumnos con título universitario. Quizá entrara al Instituto provisoriamente, como para salvar una mala situación momentánea, y ésta se había prolongado meses y años, hasta que, ya envejecido, encorvado, enfermo, rota la voluntad como si fuese la cuerda de un mecanismo, se quedó allí, definitivamente - ¡oh, si lo sabría él ahora! - enseñando la regla de tres y la analogía a oleadas de muchachos que, no bien terminado el año, lo olvidaban, hasta no saludarlo al verle en la calle. "El Ají" comprendía que sus alumnos no lo querían. Alguna vez se hizo el propósito de conquistar ese cariño que, al envejecer, iba necesitando; pero chocaban contra su temperamento irritable. Cualquier cosa lo hacía gritar y dar patadas contra el suelo. Chocaba también contra la tradición, contra su fama de "perro" - según la expresión escolar -. Los muchachos, díscolos, recelosos, ya prevenidos por otros, no se le entregaban, y sus protestas de amistad,

sinceras ahora que necesitaba cariño, eran acogidas con desconfianza. "El Ají" comprendía aquello, y se irritaba más y echaba al olvido sus propósitos, para gritar y patear de nuevo a la menor falta. Los chicos se vengaban en la calle. ¡Cuántas veces, al salir del colegio, había oído una voz aflautada, voz de mascarita, gritándole!:

- ¡Ají! ¡Ají!

La palabra le entraba como un pinchazo al maestro; y al día siguiente, clavaba en todas las caras sus ojos saltones de asmático, para ver cuál era la del culpable: ¡inútil! En todos leía el mismo impasible rencor. Cierta vez se le murió su único hijo: "El Ají", desconsolado, no pudo reprimir el llanto, y en todas las caras de niños que lo observaban, no vio más que asombro primero y burla después. ¡Oh! ¡Si se sintió solo, solo, terriblemente solo aquella tarde! Su drama no podía ser comprendido por los muchachos: necesitaba amor, y ellos veían en él al enemigo, al que gritaba e imponía penitencias, al que enseñaba cosas tan antipáticas como distinguir un adverbio de un pronombre... Implacable, en aquellos pechos de doce años, su solo nombre inspiraba odio; ellos, para aquel viejo pobre, sucio, mal vestido, solo en la vida, enfermo, imaginaban el mayor mal posible: "El Ají", fumador incorregible, no tiraba las colillas, las guardaba en un cajón, por economía, y luego liaba otros cigarrillos con aquel tabaco.

Una vez un muchacho propuso:

- ¿Vamos a tirarle los puchos a "El Ají"?

Y le tiraron el cajón de colillas a la basura. Desde entonces se las perseguían con tesón, como si las sucias colillas fuesen mariposas. El caso era hacerle mal, verlo rabiar y ponerse cárdeno, con las venas de la frente y el cuello tirantes como si fuesen a reventar, más saltones los ojos... ¡Cómo gozaban los muchachos entonces, cómo gozaban al ver su cólera impotente! Bien lo sabían: por más que le hicieran, el no podría pasar de sus pataleos y gritos habituales. El haber tocado a uno de ellos, nada más que tocado, le costaría el puesto, ¡y si veían ellos la necesidad en que estaba el mísero!, ¡cómo para arriesgarse a perderlo!

No todos lo querían tan mal.

De tarde en tarde, entre tantos niños, llegaba alguno más

sensible o más inteligente que se condolía de su traje remendado o reconocía que enseñaba bien, e intentaba defenderlo. Se le obligaba a callar.

¡Tantos eran los que "El Ají" había penitenciado o hecho pasar malas horas, obligándoles a aprender de memoria todos los afluentes del río Paraná!...

Una característica de "El Ají" era llevar sombrero de paja ya muy entrado el invierno, hasta mediados de mayo y a veces principios de junio, con el fin de economizar su sombrero de paño. Y aquello era motivo de burlas. No faltaba la voz de mascarita que, ocultándose, le gritaba:

-¡Rancho! ¡Ranchooo!...

En un curso en que le tocó tener varios revoltosos, le robaron el sombrero de paja y lo rompieron. Esa tarde, escondidos detrás de las puertas, todos los chicos de la clase esperaban la salida de "El Ají". Después de mucho aguardar, le vieron con una galera vieja, color café con leche, la inconfundible galera café con leche del director, y esa tarde le gritaron:

-¡Sombrero regalado! ¡Pordiosero! ¡Pordiosero!...

Los muchachos se alejaron satisfechos de su venganza...

¡Ah, si hubiesen visto al anciano llegar a su cuchitril, avergonzado hasta la humillación, con aquella palabra, pordiosero!, punzándole los oídos, a tirarse sobre el lecho, quebrado...

Entre lo que se murmuraban los chicos unos a otros, de año en año, constaba que "El Ají" nunca faltó a clase. El día de la muerte del hijo, faltó sólo a la mañana, para ir al cementerio; por la tarde fue a clase...

Y aquella mañana, en la que ya dadas las ocho, no lo vieron entrar, despacito, encorvado, y sin decir nada sentarse ante su mesa y comenzar el dictado, los chicos no salían de su asombro: ¡Falta "El Ají"! Necesariamente algo muy grave debía ocurrirle. Aquella misma mañana lo supieron por boca del director. El maestro estaba gravísimo, en cama. Tenía un cáncer. ¿Un cáncer? ¡Oh, aquella era una enfermedad terrible! Vagamente habían oído hablar de ella, de muchos que de ella habían muerto. Cuando salió el director, la clase se llenó con el run run de los comentarios.

-¡Un cáncer! - exclamó uno, y su tono era de himno.

-¡Faltará muchos meses! - dijo otro, y aplaudió.

-¡Lindo! - gritaron algunos.

Y Paco, un gordo que jamás se estaba quieto, "el más burro de la clase", según lo había calificado el propio maestro, gritó:

-¡Que reviente!

Jacinto, uno de los más grandes, mozo de 15 años ya de pantalón largo, murmuró:

-¡Pobre!

Como piedras le cayeron las protestas de los demás:

- ¿Pobre? ¡Una vez me hizo copiar veinte veces el verbo "haber"!

- ¿Pobre? ¡Y una vez me tuvo dos horas después de la clase porque me olvidé el libro de lectura!

- ¿Y a mí que me tuvo toda una tarde parado?

- ¿Y a mí que me dejó una semana sin recreo?

El gordo Paco, sin decir todos los castigos que pudo haber recibido, sintetizó de nuevo el sentir de todos, ronca la voz y torva la faz:

-¡Que reviente!

Pasaron tres días. El director les daba clase por la mañana y la tarde era de holgorio: contar cuentos, jugar al ta-te-tí... Al cuarto día, el director se presentó con otro maestro, un joven; anunció que el enfermo seguía muy mal; y como el nuevo maestro resultó ser de un carácter bonachón y enseñaba todo intercalando anécdotas y cuentos, y sin acordarse de que existían penitencias, los muchachos se preguntaban, casi sin miedo, si "El Ají" sanaría.

Una mañana entró el director a traerles noticias del enfermo:

- Mañana lo llevan al hospital para operarlo. Está gravísimo...seguramente... ¡En fin!... ¡Allá veremos!...

Y no dijo más, dejando en algunos de los niños, sin nombrarla, con sólo el gesto enigmático, el frío de la palabra terrible.

Jacinto preguntó:

- ¿Y podría morir de la operación?

- Sí, puede...

- Señor, dijo el muchacho conmovido - ¿que le parece si lo fuéramos a ver todos esta tarde?...

- Me parece bien, vayan. No quería decirlo, pero es posible que muera en la operación. Vayan esta tarde, su nuevo maestro puede acompañarlos.

- Disculpe - dijo éste -, mi presencia, me parece a mí, sólo le va a causar tristeza: al fin soy su sustituto... puede pensar que tal vez no vuelva más...

- Tiene razón, no había reparado en ello - respondió el director -. Usted, Jacinto, sabe las calles...

- Sí, yo sé dónde queda. Nos reuniremos aquí en el colegio, y los llevaré.

- ¡Bien, no falte ninguno! - advirtió el director antes de salir de la clase.

Ninguno faltó: desde Jacinto, que nunca había sido penitenciado por el maestro, hasta Paco, el que más penitencias recibiera, todos estaban allí, dispuestos para la visita.

Ya en la calle, Jacinto propuso:

- ¿Qué les parece, muchachos, si le compramos alguna cosa? ¿Tienen plata? Yo pongo tres pesos.

- Yo tengo ochenta centavos.

- Yo tengo un peso.

-Yo, treinta y cinco centavos y diez para el tranvía.

- ¡Yo no pongo nada!

Era Paco quien hablaba así con su voz ronca y su torva faz de odio. Su negativa fue el comienzo del desbande; otros comenzaron a negarse también, y aun los mismos que ya se habían ofrecido:

- ¡Yo tampoco pongo nada!

- Yo con estos veinte que tengo me compro algo para mí.

Seguían las defecciones, y Jacinto, con voz seca, dijo:

-¡No le llevemos nada! ¡Vamos!

Comenzó a andar muy grave y silencioso; en tropel, veinte chiquillos lo seguían. Llegaron así, después de mucho caminar, frente al número que Jacinto llevaba apuntado en el puño de la camisa.

- ¡Aquí es! - dijo, y miró la casa - ¡Sí, aquí es! - aseguró como si dudara todavía.

La casa tenía un aspecto deleznable, era un conventillo de paredes pringosas. Entró Jacinto y los demás le siguieron. Se encontraron en un patio al que rodeaban piezas altas y

bajas; todo tan sucio que hasta parecía sucio el aire encerrado en él. Cuerdas de las que colgaban calzoncillos y camisas lo embanderaban. En la puerta de la primera pieza había una vieja sentada, tomando mate; el muchacho la interrogó:

- ¿No sabe, señora, cuál es la pieza de un maestro?...
- ¿Cómo se llama?
- ¿Cómo se llama? No sé...

Otra voz femenina salió de adentro de la pieza:

- Será el enfermo de la pieza 78, mamá, es maestro.
- ¡Sí, sí, es el enfermo!
- ¿El que mañana van a llevar al hospital?
- Sí, señora.
- Vengan, yo les voy a mostrar la pieza. Yo soy la encargada. Aunque quien sabe si pueden verlo. Está muy mal. ¿Ustedes son alumnos de él?
- Sí, señora.

Pasaron a un segundo patio, más ancho y más sucio que el primero. Todos aquellos niños, cuyos padres podían pagarles colegio particular, de familias bien acomodadas y que jamás habían entrado a un conventillo, miraban sin explicarse aquello, sin comprender cómo en las piezuchas que rodeaban aquel patio pudiesen vivir seres humanos. Subieron una escalerilla crujiente y llegaron ante una puerta sobre la cual destacábase un enorme 78, en negro, sobre la cal del muro. La encargada golpeó con los nudillos en uno de los vidrios de la puerta:

- ¡Don Lucas! ¡Don Lucas! - llamó. Respondióle un gruñido -. Esperen un segundo, muchachos, voy a ver si puede recibirlos, está despierto - dijo la mujer, y entró.

Los chicos quedaron afuera mirando con asombro el mundo desconocido para ellos. ¿Era ese el conventillo que acostumbraban a ver en los teatros de sainete, y a costas del cual se habían reído y sólo reído? No, no era risa lo que inspiraba el conventillo, por el contrario; temerosos, casi, observábanlo todo... Salió la encargada, anunciándoles:

- Entre, despacito, despacito...

Entraron, descubriéndose, apretando las pupilas para acostumbrarse a la semioscuridad, en puntas de pie. Jacinto fue el único que habló:

- Buenas tardes, don Lucas... - era la primera vez que le decía por su nombre, su voz temblaba.

Desde el catre, el bulto arrebujaado que en él estaba le respondió:

- Buenas tardes... (un gemido) - y prosiguió -: Ya lo ven, muchachos, estoy mal... ¡Muy mal! (Gimió nuevamente).

Nadie se atrevió a consolarlo: algunos lo miraban sin atinar con un pensamiento; otros escrutaban el cuartucho de una pobreza terrible: por silla, un cajón de petróleo; por ropero, unos clavos en la pared. Un reloj despertador hacía tic, tac. Eso, y la respiración fatigosa, entre gemidos, del enfermo, fue todo lo que se oyó por algunos segundos.

-¡Han hecho bien en venir! - prosiguió el maestro-. Ya lo ven, ¡estoy tan solo!; y no nos veremos más. Mañana me llevan y...

Calló. Evidentemente lo emocionaba su fin próximo, que presentía ineluctable. Jacinto, con la garganta seca y la lengua incapaz de articular una palabra, hacía esfuerzos por hablar. ¡No pudo! ¡Y él hubiera querido decirle tantas cosas al pobre viejo!: "¡No, usted no está enfermo, señor Lucas; usted se sanará! Usted tampoco está solo, nos tiene a nosotros; ya ve como lo hemos venido a ver. Ya ve usted que no lo queremos mal, como usted ha pensado. Ya ve usted, aquí estamos todos, no falta ninguno. Y ahora cuando usted, ya sano, vuelva a clase, seremos más amigos, seremos muy amigos. Usted no necesitará poner penitencias, todos nos portaremos muy bien y estudiaremos mucho"...

Hizo un esfuerzo para decir todo eso que le saltaba en el pecho, en cada latido de su corazón. ¡No pudo! Y quedó callado.

El maestro, siempre entre gemidos, prosiguió:

- Bien, muchachos, ya veo que no me han olvidado... Yo decía: ¿A que no viene ninguno a verme? Me equivoqué; han venido todos. ¿No falta ninguno?...

Respondió Jacinto, orgullosamente:

- ¡Ninguno!...

Y quiso hablar de nuevo, decirle todo lo que había pensado. ¡Y no pudo otra vez! El estrangulamiento del llanto le rompía la voz; los ojos se le quemaban. Hubiese deseado salir a correr, a gritar, lejos... Fue una liberación para él oír al

enfermo:

- Bien, muchachos, no los detengo más. Mañana me operan, vayan al hospital a visitarme. Aquí no hay comodidad, ya lo ven: ni sillas tengo... Hasta la vista, hijos...

Sacó la mano y la extendió al que tenía más cerca; y así, uno por uno, fueron desfilando junto a él, dándole la mano y saliendo. Al llegar a Paco, el peor de la clase, le retuvo la diestra, y le habló:

- Tu siempre te has portado mal, pero no eres malo. Hasta la vista... No estás enojado conmigo>

Paco negó con la cabeza gacha, sin poder hablar, ¡él, tan suelto de lengua!... Y salieron en tropel. Bajaron la crujiente escalerilla, cruzaron los patios... Ya en la calle, echaron a andar, mudos. Adelante de todo caminaba el gordo Paco, la gorra caída sobre la frente.

En la esquina se detuvieron. Iban a separarse, para tomar cada cual el camino de su casa. Jacinto se acercó a Paco, le puso una mano sobre el hombro y le preguntó:

- ¿Y seguís deseando que reviente?

Paco bajó más la cabeza y, casi sin voz, en seco:

-¡No!

Otro chiquillo bajose, curioso, a mirarle la cara por debajo de la visera, y gritó, estupefacto, con el grito mismo que hubiera dado si la luna, de súbito, le cayera a sus pies:

- ¡Paco, eh!...

Y se volvió a sus compañeros, a explicarles su asombro:

-¡Si, está llorando!

UN HOMBRE

¿Me engañaré al decir que no hay más bella poesía que la salvación del niño?

Ferriani

Lucio, jovencito de quince años, había tomado sobre sí, muy

en serio, la tarea de ayudar a la madre. Esto lo decidió ya hacía ocho meses, cuando, muerto el padre, su hermano mayor, Teodoro, hombre de veintiún años, se dio por entero a la vida mala. Muerto el padre, modesto empleado, corredor de comercio, Teodoro dejó de trabajar y Lucio, que ya cursaba su tercer año de estudios se vio obligado a abandonarlos para ayudar a la madre. Se redujeron. De un departamento en que vivían fueron a parar a la sala de una casa de vecindad, se despidió a la sirvienta y ya que el mayor de los hijos hasta los había abandonado, Lucio y la madre hubieron de trabajar los dos, ella de costurera y él de empleado en un escritorio. Sintieron la desgracia, la afrontaron, confiando en sus propias fuerzas y, a no ser por Teodoro, pronto se hubieran serenado. Pero Teodoro los inquietaba, no sólo por su existencia irregular, por sus amistades equívocas, por los escándalos que provocaba en los cafetines del barrio, sino también porque, de tarde en tarde, y siempre ebrio, aparecía en la pieza de la madre exigiendo lo que le correspondía de la herencia, una herencia ilusoria, imaginada por sus fantasías de borracho, ya que el padre, al morir, sólo les dejara algunas deudas que ellos saldaron con cruentos sacrificios. La escena siempre terminaba con un escándalo y Teodoro íbase gritando las mayores injusticias a la madre y al hermano. Otras veces aparecía furtivamente cuando éste no estaba y, con arrumacos y promesas, sacaba unos pesos a la madre débil, ilusionada siempre con redimirlo. El desengaño no tardaba en llegar: no faltaba quien le trajese la noticia de haber visto al hijo en tal parte, ebrio... Lucio, a pesar de su poca edad, hubo de imponerse a aquel grandulón. Una vez en que éste amenazaba a la madre, el niño, ciego, lo tomó a puñetazos. Tuvieron que separarles algunos vecinos, porque el otro ya no veía de cólera, y lo golpeaba brutalmente. Sin embargo, esto lo contuvo bastante; probó la energía de su hermano menor y decidió a aparecer por la casa cuando éste no estuviera. Había comprendido que más que con gritos, arrancaríale algo a la amorosa debilidad de la madre. Así, desde hacía dos meses, desde que ocurriera esa escena de golpes, Lucio ni oyó hablar de su hermano. La madre le ocultaba sus visitas.

Esa noche, un sábado, el joven regresó más temprano que de costumbre y sorprendió a la madre llorando. Se lo imaginó todo: era cosa del perdido de su hermano mayor. Eso era, sí. Sorprendida llorando, la madre le narró lo ocurrido: Había estado Teodoro, más ebrio que nunca, le había exigido la herencia, la había llamado ladrona y, por fin, no teniendo nada que llevarse, porque nada de valor había en la pieza desmantelada, casi sin muebles, cogió una Biblia, la vieja Biblia que fuera de los abuelos y que la madre tanto quería, y se fue con ella. Seguramente la habría malvendido en algún cambalache de libros viejos. La madre volvió a llorar y Lucio, serio como un hombre, cejijunto como un hombre muy preocupado, comenzó a pasearse.

Se dijo: es imprescindible rescatar la Biblia. Si su madre lloraba, más angustiada que nunca, era sólo por su pérdida. Lucio sabía qué significaba para el corazón de su madre aquella Biblia amarillenta ya, de páginas borrosas y antiquísima edición. Ese libro, sobre el cual aprendiera a leer, podría decirse, había sido de sus abuelos, significaba un tesoro de recuerdos queridos, de emociones inolvidables. Y ahora, casi al final de su vida, de su vida quebrada por la viudez y la miseria, ¡perder aquel libro de su niñez, de su juventud, aquel testigo y compañero de sus emociones más recónditas!... Lucio comprendió qué significaba su pérdida para la madre. Seguramente ella había sentido desgarrársele algo al ver su Biblia en manos del péfido que corría a malvenderla. Lucio se propuso reconquistarla y salió a la calle en busca del hermano. Ya sabía dónde hallarle, en el cafetín de costumbre, con amigotes. Allí lo encontró. Al verlo entrar, Teodoro se puso de pie, y alzando la copa, le gritó: - ¡Si venís a darme sermones te va a costar caro; te voy a partir la cabeza con esta copa!

Lucio lo miró calmamente, y le repuso:

- ¿Vendiste la Biblia?

- ¡Sí, sí, la vendí! - gritó el otro -. La vendí porque necesitaba dinero. ¿Qué hay?

- Nada - respondió Lucio - ¿dónde la vendiste?

- Allí, en la librería de la vuelta. Podés comprarla todavía; la acabo de ver en la vidriera.

- ¿Por cuánto la vendiste?

- Por cuatro pesos.

Lucio dio vuelta y salió. ¿Cuatro pesos? No era una suma inaccesible. ¡Y por cuatro pesos aquel miserable había dado tal disgusto a la madre!... El muchacho corrió a la librería, miró ansioso. Sí, allí estaba la vieja Biblia, tras del cristal, mirándole a él, mirándolo a él se supuso, mirándole a él y diciéndole: ¡Llévame, llévame!...

¡Ah, pero era preciso conseguir los cuatro pesos! ¿Cuatro pesos? No, seguramente el librero la vendería a cinco pesos ahora. ¿A quién pedirselos? ¿Cómo pedirselos? Para qué pedirselos ¡Lo humillaba tanto tener que confesar la verdad! Ir al encargado de la casa, por ejemplo, y decirle: "Mi hermano el borracho robó ese libro que mi madre tanto quiere; necesito cinco pesos para rescatarlo, ya ve usted cómo sufre"... El encargado de la casa, que era un buen hombre, se los prestaría, ¿pero cómo pedirselo? ¿Acaso él no ocultaba a cuantos podía la desgracia de su hermano? Llegó a la casa y contó a la madre lo que había hecho. ¡Cómo se regocijó la pobre! ¡Recuperar la Biblia! Ella sólo tenía tres pesos, se los dio. Una vecina prestó los otros dos pesos, y Lucio salió camino de la librería, porque su madre lo apuraba:

- ¡Corre, corre, hijito, corre; no vaya a ser que vendan mi Biblia, corre, corre!...

Casi sin aliento, Lucio llegó ante la vidriera de la librería y volvió a mirar, ansioso. ¡Ah!, respiró. Allí estaba la Biblia. Entró. Un hombre anciano ya, acercósele:

- ¿Qué desea, joven?

- Esa Biblia que tiene en la vidriera - contestó Lucio. El librero fue a buscarla y la trajo.

- ¿Cuánto vale? - interrogó el muchacho, a tiempo que sacaba los billetes del bolsillo.

- Quince pesos - respondió el librero.

- ¡Quince pesos! ¿Quince pesos? - balbuceó Lucio, espantado -; ¡quince pesos!...

- ¡Sí, quince pesos! - aseguró el hombre.

Lucio aún quedó un instante en silencio. El anciano lo observaba. Al fin murmuró:

- No me alcanza - y se dio vuelta, confuso, dispuesto a salir. Pero al llegar a la puerta de calle se detuvo. El librero, que

no había dejado de observarle, le dijo:

- ¿Cuánto trae?

- Cinco pesos.

- ¿Cinco pesos nada más? Es poco. Faltan diez pesos. Lucio pensó darse vuelta, irse, largarse a buscar los diez pesos que faltaban. ¡Diez pesos! Suma fabulosa. ¿Cómo conseguirla?

¿A quién pedírsela?... Miró a la cara del librero, y creyó ver bondad en sus ojos grises. Volvió a él:

- Usted acaba de comprar esta Biblia por cuatro pesos... - y se detuvo sin fuerzas para proseguir.

- Sí, me la acaba de vender un mozo...

- ¡Era mi hermano! - lo interrumpió Lucio, y sin saber porqué se lo decía, desconociéndose a sí mismo por su audacia, se lo contó al librero: Quién era su hermano, el robo de la Biblia, el dolor de la madre, la pena de ésta si él no se la llevaba...

Callaba el hombre. Lucio no dejó de hablar por un buen rato; habló con la voz rota por la emoción y la vergüenza, temblándole los labios secos... Y al fin propuso:

- Yo le doy estos cinco pesos que traigo aquí. Los diez que faltan me comprometo a traérselos después...

- ¿Se compromete? - preguntó el anciano.

- Sí - aseguró el niño, resueltamente.

Hubo un silencio, el hombre lo observó largamente, como escrutándole los ojos limpios, como si le hundiera la mirada en la tersa frente. Lucio volvió a hablar, explicándole:

- Yo estoy empleado en un escritorio, gano treinta pesos por mes. De eso no podré darle nada, porque mi madre los necesita, pero los domingos a la tarde voy a jugar al fútbol y mamá me da un peso para que vaya... Bien, yo no le diré nada a ella para que no se apene, pero no iré a jugar al fútbol, me guardaré ese peso, y el lunes, al ir para el escritorio, se lo traeré. Son diez pesos, en diez domingos se los pago. ¿Quiere?

- Bueno - respondió el anciano y recibió los cinco pesos.

Entregó la Biblia a Lucio. El niño, apretándola contra su pecho, en cuyas paredes parecíale rebotarle el corazón de gozo, salió de la librería, corriendo, corriendo y pensando en el grito de júbilo que daría la madre al verse de nuevo en posesión del libro...

El lunes próximo, muy temprano, el librero acababa de sacar

los postigos de la vidriera, cuando se le presentó Lucio.

- Buenos días. Aquí está el peso.

- Muy bien.

- Hasta el otro lunes - dijo el muchacho, y salió.

El lunes siguiente se repitió la escena, y el otro, y el otro. Un lunes, ya Lucio llevaba el sexto peso de su deuda, el anciano le habló, preguntándole de su vida. Y el niño contó por qué había dejado los estudios y por qué no los continuaba. Su trabajo de todo el día en el escritorio lo fatigaba mucho y salía de allí con ganas de caminar y correr, no de irse a quemar los ojos en los libros. Desde ese lunes, el siguiente y el otro, hablaron largo. El librero también le contó su vida, no muy afortunada tampoco... El lunes que Lucio llevaba el noveno peso de su deuda, hablaron como de costumbre, y al despedirse, Lucio le dijo:

- Hasta el próximo lunes y es el último.

- ¿Cómo? ¿Y no vendrá más, aunque sea a conversar un rato?

- Sí, volveré...

Al otro lunes, el muchacho entró resueltamente, sacó el billete y lo puso sobre el mostrador, cantando:

- ¡Aquí tiene! ¡Ya están los diez pesos!...

Y calló, sorprendido. El librero le había tomado la mano y lo miraba largamente en los ojos limpios, en la tersa frente.

- ¡Usted es un hombre! ¡Usted es un hombre honrado! - le dijo, y le apretó la diestra.

Miráronse anciano y niño, emocionados los dos hasta no poder hablar. Y dijo el librero, lentamente y tuteándole, cosa que antes no había hecho.

- Oye, yo acepté tu propuesta de pagarme los diez pesos así, de lunes a lunes, sin creer que me los pagarías. Me dije: Al fin y al cabo, por cinco Quince pesos, no está mal vendido ese librote. Me sorprendió verte entrar el primer lunes, y el otro, y cuando me trajiste el sexto peso tuve impulsos de regalarte todo, pero me contuve y dije: no, lleguemos hasta el fin. Ya que comenzamos la prueba, acabémosla. Y bien, hijo, ya hemos llegado al fin... Yo quería decirte esto: Tú eres un hombre honrado, yo necesito un hombre honrado aquí, en mi librería, para que me ayude. ¿Quieres emplearte

aquí? No soy rico; ya lo ves, no puedo darte un gran sueldo. Te pagaré diez pesos más que en ese escritorio: cuarenta pesos; pero sólo trabajarías de tarde; por la mañana podrías ir al colegio nacional a continuar tus estudios, a abrirte un porvenir. ¿Quieres?... Lucio respondió que sí, moviendo la cabeza muchas veces de arriba para abajo, y respondió así porque la voz se le cortaba en la garganta.

- Bien, hijo mío - prosiguió el anciano -, bien; ahora vete a decirle a tu madre todo lo ocurrido, dile que vas a proseguir tus estudios y ¡toma! ¡Toma estos quince pesos! (Lucio hizo una mueca). ¡Ah, no me los rechaces, te lo pido por favor, no me los rechaces!... De paso, compra con ellos cualquier cosa para tu madre y se la regalas en mi nombre. Al regalársela, le dices así: "El librero te regala esto porque tienes un hijo que es un hombre honrado". Nada más. Hasta mañana... Y se dio vuelta el anciano, se metió tras una alta pila de libros. Lucio dudó un instante, se vio con los quince pesos en la mano trémula y con ganas de ir hasta el librero y abrazarlo muy fuerte, ¡muy fuerte!; pero temió echarse a llorar, porque desde hacía un buen rato sentía picarle los ojos, apretársele la garganta... ¿Y cómo iba a llorar él? Decidió salir de la librería, correr a su casa. Porque si se quedaba allí, lloraba de seguro. Y él no debía llorar más, porque él, Lucio, ya no era un chiquillo, él era un hombre. ¡Un hombre, sí! ¿No se lo acababa de decir el anciano librero? ¡Usted es un hombre! ¡Usted es un hombre honrado!

PUCHO

*¿Cómo hay tantos niños inteligentes
y tantos hombres imbéciles?*

Dumas (hijo)

Hasta los nueve años, el niño David, al que por su corta estatura llamaban Pucho, vivió con sus padres en una colonia

israelita de Entre Ríos. Nació en ella, hijo de hebreos rusos, y en ella vivió hasta esa edad, en que vinieron a Buenos Aires, a una quinta que el tío Samuel poseía en los alrededores. Pucho se había criado en el campo, libre y fuerte. Tostado por el sol, recio de carnes, la salud se le hacía brillo en las pupilas celestes, de un celeste límpido y cándido. Era el mayor de los seis hijos de Abraham Pirvitz, un chacarero israelita que, sin suerte, había andado de tumbo en tumbo por las colonias, hasta parar en Buenos Aires, donde se puso bajo la protección de su hermano Samuel. Este sí había tenido suerte, o mejor: la había encontrado a fuerza de buscarla, y de buscarla con astucia. Samuel poseía un cambalache, además era prestamista. Algunos años mayor que su hermano Abraham, el prestamista parecía su padre. Pequeño, encorvado, pálido, con esa palidez repulsiva que hace ver las venas al través de la piel, hundido en un traje demasiado amplio para su armazón de piel y huesos, sólo parecía tener vida en los ojos, unos ojillos grises, pequeños, chispeantes. Samuel protegió a su hermano menor Abraham que, cargado de hijos, buscaba trabajo, cualquier trabajo, a la ventura. Su protección consistió en llevarle a su quinta, a trabajar por la comida y la casa. Al fin, si él moría, todo lo que dejase era para su hermano y sus hijos.

- No tengo a nadie más en el mundo - murmuró el prestamista con su voz opaca y su lento hablar -; no tengo más que a ustedes. Si yo muero, todo lo mío será de ustedes.

Y con aquella promesa por salario, Abraham, hombre de gran fuerza muscular y gran energía en el alma, púsose a trabajar la tierra de su hermano.

Samuel iba todos los domingos por la mañana, lo escrutaba todo, hundiendo las agudas miradas de sus ojillos grises por los rincones, comía con sus herederos, según él llamaba a los hijos de Abraham, y se volvía de noche a su cambalache.

Aquí vivía solo; y un domingo, contemplando a Pucho, ya de doce años, y tan fornido, se le ocurrió decirle a su hermano:

- Abraham, ¿qué te parece si me llevo a tu hijo para que me ayude? De todas maneras, si muero, será de ustedes el negocio y es conveniente que tu hijo se vaya enterando...

Al padre lo maravilló la propuesta, y la madre, aunque a

regañadientes, preparó los trapitos de Pucho. Esa noche el tío Samuel se volvió con el niño a su cueva.

¡Oh, sí! ¡Pucho creyó ahogarse cuando entró allí! Torpe, acostumbrado a corretear por las campiñas, tropezaba con todos aquellos bártulos olientes a viejo, amontonados en aquella cueva semioscura. El negocio lo componía un salón al que el tío Samuel dividiera por medio de un tabique. La parte de atrás fue reservada para comedor y dormitorio. Por patio sólo tenía un cuadrado, desde el cual se veía en cielo, allá muy alto, porque aquello era el pozo de luz de una casa de varios pisos, y las paredes, que se elevaban desnudas, parecían alejar más aún el cielo. En el campo hay un punto en el que el cielo se une con la tierra y parece más accesible; allí, en aquel cuadrado, el cielo estaba tan arriba que Pucho, para verle tenía que echar la cabeza hacia atrás. ¡Y a él le gustaba tanto ver el cielo! No sólo el cielo, los árboles, la campiña, los animales. ¿Y el arroyo? Pensando en el arroyo Pucho echó a llorar, a solas, conteniéndose para no ser visto, porque tenía vergüenza de que lo viesan llorar. ¡Ah, pero que triste, que triste estaba Pucho! ¿Cómo seguir metido en aquel agujero en sombras, mal oliente? Pasaron un día, dos, tres días; Pucho anhelaba el domingo para volver a su casa, a correr, a respirar, a divertirse. ¡Cómo se hastiaba allí! Sentado en una silla, aguardaba a que llegase un parroquiano, y cuando éste entraba, haciendo sonar un cencerro, lo anunciaba a su tío. Este, dejando unos librotes gruesos, sobre los que se estaba todo el día garabateando, venía a atenderlo. Tal era su trabajo, todo su trabajo.

- Ya ves que no es muy pesado - le había dicho el tío Samuel al dárselo.

¡Si el hubiera preferido trabajar, trabajar mucho, cansarse trabajando y no quedarse allí, aburrido, dormitando a la espera de que alguien entrara! ¿La calle? La calle le producía un malestar indefinible al niño. Aquel ir y venir de gentes y vehículos apresurados, ruidosos, lo mareaba. En sus pupilas cándida de campesino dejaba una visión borrosa, movable y multicolor que durante los primeros días, al irse a dormir, pasábale y repasábale frente a los ojos cerrados. ¡Cómo se aburría allí Pucho, cómo se aburría! Sus músculos tostados, sus nervios fuertes, su sangre rica de

animal joven y asoleado, sus pulmones amplios de respirar el aire puro, le exigían movimiento. Y él tenía que estarse allí, bostezando, hasta que, cuando entraba alguno, ¡trin, trin, trin, trin! llamar a su tío... Pucho experimentaba la sensación de que lo hubiesen atado y amordazado con ligaduras y mordazas invisibles. Porque éste era otro sufrimiento: su tío no quería oírlo hablar siquiera. Los primeros días intentó cantar en voz baja, silbar para entretenerse, pero el ¡Chat! seco del prestamista le llegaba desde el otro lado del tabique para hacerlo callar. Y él callaba, temeroso. Aquel hombre pequeño, sucio, encorvado, silencioso y del cual oyera hablar con respeto a sus padres a causa de su riqueza, le inspiraba temor, temor y también repugnancia. ¡Cuánto deseaba el domingo Pucho! Iría a su casa, a correr por las campiñas, a subirse a los árboles, a bañarse en el arroyo, a comer fruta... ¡Cómo extrañaba las frutas! El tío Samuel hacía traer la comida de una fonda cercana; y aquellos guisotes grasientos, ¡qué mal le sabían a Pucho, acostumbrado a hartarse de frutas frescas en las quintas!... ¡Cuánto deseaba el domingo! El sábado por la noche se acostó, anhelante de júbilo, y al otro día se levantó antes que el tío. Este comenzó a vestirse y le dijo:

- Hijo, hoy iré a ver a tus padres. Tu te quedarás a cuidar el negocio. ¿Quieres que les diga algo? ¿Quieres que les diga que estás contento?

- Sí - respondió Pucho; y no pudo decir más, agarrotado por el llanto, como si se hubiese tragado la lengua.

¡Qué dolor! Se fue el tío Samuel y quedose Pucho en la cueva medio en sombras, rodeado de muebles y trapos viejos. Y por el cuadro del patio se veía un cielo tan azul, entraba un haz de sol, sólo un haz, ¡pero de un sol tan dorado! Pucho se tiró al suelo, a recibirlo en la cara; luego, a medida que el haz de sol iba alzándose, se puso de rodillas, después de pie, hasta que el haz de sol fue subiendo, subiendo hasta desaparecer. Y él quedó mirando siempre, y cuando ya no lo vio más se quedó mirando el cielo azul. Fue ese día que allá en lo alto, en una de las ventanas del último piso que daban al patio, descubrió un tiesto con una enredadera muy verde. ¡Qué alegría! Mirándola, se olvidó de llorar, porque Pucho se había tirado a recibir aquel haz de

sol, poseído de unas ganas terribles de llorar, llorar ahora que estaba solo, llorar, llorar sin vergüenza de que lo viese nadie...

¡Tres meses así, tres meses con sus domingos! ¡Tres meses! ¡Qué bostezos daba Pucho allí dentro! ¡Si le parecía que el cambalache en sombra era una boca enorme, abierta en un bostezo inacabable! Pucho comenzó a marchitarse, a languidecer como una planta: - ¡Trin, trin, trin, trin!
El sonido del cencerro lo tenía en el oído siempre, como si fuese un insecto que se le hubiese entrado en él. Lo obsesionaba. Eso, y el imperioso ¡chit! seco del tío, que le llegaba del otro lado del tabique en cuanto él, inconsciente, poníase a canturrear en voz baja; era todo lo que oía. Desde la calle, sí, llegábale el opaco rumor de los vehículos que pasaban, cortado por el sonar de las bocinas de los automóviles, las campanas de los tranvías, los gritos de los pregoneros; pero la calle le producía aturdimiento al niño campesino. Lo rechazaba. ¿Y dónde refugiarse? En su silla, en el fondo de la cueva, allí entre un montón de trajes usados y otro de sillas viejas, a bostezar en un sueño interrumpido por la entrada de algún parroquiano: ¡Trin, trin, trin, trin!

Una tarde, después del almuerzo, el tío Samuel no se puso a escribir en sus libretos como acostumbraba y, vestido, se tiró en el lecho. Quejábase de dolor de cabeza y malestar. Hizo cerrar el negocio. Pucho pasó esa tarde en el patio, boca arriba y con los brazos por almohada en la posición en que acostumbraba dormir sobre las parvas de trigo, mirando el cielo azul y la enredadera verde allá en lo alto, tan alto como si estuviese sobre el mismo cielo. El tío Samuel despertó delirando de fiebre, diciendo cosas incomprensibles. Hacía cuentas. Pucho, asustado, corrió a la fonda, a avisar que su tío había enloquecido. El fondero llamó a la Asistencia Pública y mandó una carta al padre. Al otro día llegó éste y, por exigirlo el tío Samuel, se le condujo a un hospital. Tenía fiebre tífus, la enfermedad iba a ser muy larga. Pucho fue otra vez llevado a la quinta con sus padres y sus hermanos, a correr al sol, a brincar por las zanjas, a bañarse en el arroyo, a hartarse de frutas cogidas saltando los alambrados.

El niño no se cansaba de correr, de cantar. Alocadamente, silbaba fuerte, lo más fuerte posible, y luego remedaba el ¡chit! imperioso de su tío; lo recordaba para saborearlo y echarse a reír a carcajadas de puro feliz. Una vez pensó en la enredadera verde que tomaba sol allá arriba, asomada al patio. ¡De buena gana hubiese traído a la pobre! La recordaba tal como si la enredadera estuviese allá sintiendo lo mismo que él sintiera. Otra vez, estando bebiendo en el arroyo claro y fresco, como si fuese un cachorro de animal, en cuatro patas y con la cabeza hundida, se acordó del gusto del agua tibia y turbia de las canillas. Y esa vez bebió tanta agua de arroyo, agua clara y fresca, agua con gusto a trébol, que salió pasado de beber. ¡Cómo corría Pucho, como cantaba y silbaba! Aunque era el mayor de sus hermanos, era el más barullero de todos y los conducía para dar furtivos asaltos a las quintas y entintarse el rostro con la carne de las sandías y los melones.

Muy vaga, muy lejanamente, presentábase a Pucho la idea de volver junto al tío, a su cueva odiosa. Su tío moriría, él estaba seguro de ello; la muerte por él tan anunciado y por la que su padre se vería rico, ya había llegado, él estaba seguro de ello, ¡tan seguro!...

Y no sentía placer con este pensamiento, no guardaba para el viejo Samuel rencor alguno. Era una figura borrosa ya, una figura de pesadilla, de una pesadilla quizás demasiado larga, pero que ya no vería. Nada más. Y Pucho corría, saltaba, silbaba, cantaba todo lo más fuerte, lo más violento posible, como para vengarse del silencio y la inmovilidad pasados en aquellos tres horribles meses de pesadilla.

Un domingo, día en que su padre iba al hospital a visitar al enfermo, un domingo por la noche, al volver de allí, oyóle decir a su madre- Prepara la ropa a Pucho, mañana lo llevo a la ciudad con el tío otra vez. Está sano y mañana vuelve a su negocio.

Pucho ya estaba en la cama, durmiéndose, cuando oyó aquello. Y aquello lo sobresaltó tanto que hubo de abrir las pupilas y clavarlas en el techo, tal era su estupor. Ya no pudo dormir. Le quemaban las ropas como si tuviera fiebre. ¡Volver allá, a la cueva horrible! Revolvíase como si multitud de alfileres se le clavasen en el cuerpo. ¡Volver allí, a aquella

vida de pesadilla! La cabeza pesábale como si le hubiesen echado plomo adentro. ¡Volver allá, a oír el trin, trin del cencerro y aquel ¡chít! seco, imperioso, que lo obligaba a estarse mudo y quieto! ¿Por qué no se animaba y le decía a su padre, llorando a gritos?: -"¡No, no, papá, no, no, papá; no me lleves allí porque allí me voy a morir de aburrimiento!" ¿Por qué no se animaba?

¡No se animó! ¡Era tan hosco su padre!... Y Pucho, al día siguiente, se vio de nuevo sentado en su silla, quieto y mudo, aguardando a que entrase un parroquiano para hacer sonar el ¡trin, trin, trin, trin! del cencerro odioso. Todo estaba igual, exactamente igual: allá arriba, la enredadera verde que se asomaba; ahí del otro lado del tabique, encorvado sobre sus librotos, más viejo y más flaco, la figura estropajosa del tío Samuel, silencioso y dispuesto a tirarle aquel ¡chit! seco con que le anudaba los cantos en la garganta. ¡Y pensó Pucho que esta era la vida que habría de vivir siempre, ¡siempre!, y que la otra, aquella pasada en el campo, corriendo al sol, junto al arroyo fresco y sobre los árboles cargados de frutas, sólo era un sueño, un sueño huido! ¡Se sintió más desgraciado! Pasó un día, pasaron dos, pasaron tres días. ¡Qué tedio! Y de pronto, una tarde del cuarto día, estando en su silla soñoliento, volando con el recuerdo hacia las verdes campiñas y con los ojos puestos en la acera de enfrente, llena de sol, Pucho sintió como si toda la sangre se le agolpara en el corazón y allí, en una ola, se le subiese a la cara. ¡Qué ganas de llorar! ¿Pero había de llorar, él? ¡No! ¡No iba a llorar, pero algo tenía que hacer, porque si no hacía algo, cualquier cosa, era capaz de quedarse muerto allí! De un salto se puso de pie, dio una patada a la silla, y echó a andar. Resuelto, atravesó la calle y se sentó en la acera de enfrente, a tomar sol.

El tío Samuel había salido tras de él, asombrado de oír ruido, estupefacto de ver aquella actitud. Y se acercó a preguntarle: - ¿Qué te pasa? Por qué vienes aquí y abandonas el negocio. ¿Qué tienes?

-¡Nada! - respondió el muchacho - ¡No tengo nada! Tengo ganas de tomar sol.

-¡Tomar el sol! - exclamó el prestamista con los brazos al cielo, como si acabase de oír una blasfemia y, temblándole

de ira la voz - ¿Tomar el sol y abandonar el negocio? ¿Estás loco, muchacho? ¡Vamos!

-¡No quiero! - respondió el niño, y se quedó allí, al sol, sentado en un umbral.

El tío Samuel se vio obligado a regresar solo a su cueva; fue inútil cuanto exhortara al niño. Este volvió a las dos horas, cuando el sol ya se había ido, y oyó al vejete, iracundo:

-¡Hoy es el último día que estás conmigo! Ya escribí a tu padre para que te venga a buscar. ¡Hoy es el último día que estás conmigo, sí; y te desheredaré por rebelde! ¡Ni un centavo mío vas a ver, rebelde!

¡Qué le importaba de herencias a Pucho! Lo único que le interesaba, ahora, era saber que no estaría más allí, que vendría su padre a buscarlo para llevárselo allá, al campo, donde podría correr y gritar. Cogió un trozo de pan y se puso a comerlo vorazmente: después se acostó, cascabeleante de júbilo.

Ya de día, las voces de su tío y su padre despertáronle. Hablaban en idish, lengua que él casi no entendía. Hablaban atropelladamente. De seguro, su tío narrábale su rebelión y su padre rugía y blasfemaba. También oía la voz dulce de su madre, la que procuraba serenarlo. Y de súbito, oyó a su padre acercársele y se sintió cogido de un brazo, sacado del lecho y golpeado brutalmente en las narices, en la cabeza: golpeado con los puños hasta caer y, una vez en el suelo, golpeado con los recios zapatones en las costillas, en la espalda. Su padre rugía y golpeábalo. Lo golpeó hasta verlo sangrante y hecho un guiñapo. La madre intervino para alejarle.

-¡Pide perdón! ¡Pide perdón al tío Samuel! - le rugió el padre, y apretaba los puños, feroz, brillantes de cólera los ojos, convulso el rostro -. ¡Pide perdón!

Pucho se sentía desfallecer, humillado y dolorido, pero no lloraba. Su padre no dejaba de rugirle:

-¡Pide perdón! ¡Pide perdón!

-¡No! - respondió él -. ¡No, no, no!

La madre y aun el tío tuvieron que intervenir para que el hombrachote no lo quebrase a golpes. Y el tío lo alejó:

- Si es inútil cuanto hagas; es inútil cuanto hagas. ¡Es un

rebelde, un maldito rebelde! ¡Jehová te ha castigado, hermano, haciendo que engendraras un rebelde! - y lo empujó hasta sacarlo afuera.

La madre acostó a su niño y se quedó junto a él, limpiándole la sangre, hablándole tristemente con voz dulce:

-¡Ah, hijo mío, que disgusto nos das! ¡Qué disgusto! Cuando ya creíamos que nuestras miserias iban a terminar, vienes a echarlo todo por el suelo. ¿No sabes? Tu tío te deshereda. Por ahora dice que sólo a tí, pero no conoces a tu tía Samuel; es rencoroso y malo. Es capaz de desheredarnos a todos. ¿Y por qué hemos de pagar todos? ¡Anda a decírselo a él! Tu padre que ha trabajado sin suerte toda su vida, yo, tus hermanitos, todos quedaremos en la calle, porque, ¿quién te dice que tu tío no nos eche de la quinta? No lo conoces bien, es malo, muy malo y rencoroso. No olvida las ofensas y siempre quiere vengarse. ¡Y se venga! ¡Si supieses las cosas que ha hecho, si supieses! Una vez... ¡Pero no!

¿Para qué voy a contarte cosas viejas? ¡No! Anda, hijito mío, pídele perdón, pídele perdón. Por tus hermanitos que se quedaran en la calle; por tus hermanitos. ¡Pide perdón! Por mí, por tu madre, hijo. ¡Si supieras todo lo que yo he pasado! Y la única esperanza que teníamos para salir de la miseria era ésta, ésta que ahora nos quitas. ¡No nos quites la esperanza, hijito mío! ¡Pide perdón! ¡Pide perdón!...

Y, hablándole, lo besaba, lo besaba...

- Pide perdón, yo sé que es muy feo vivir aquí. ¡Tu estas acostumbrado a correr y saltar libre por los campos, tener que estar metido aquí! Sopórtalo, hijo, resígnate. Hazlo por tus hermanitos, por mí, por tu padre también. ¡Ha trabajado tanto toda su vida, el pobre! Yo le pediré al tío Samuel que te lleve los domingos a la quinta; iras los domingos, hijito. ¡Pide perdón! ¡Pide perdón!

Pucho sin llorar, aunque sintiendo una onda caliente que le quemaba las pupilas cándidas, concentrándose, pensaba: ¡Quedarse allí para siempre, para siempre! Y oía el ¡trin, trin, trin, trin! del cencerro y el ¡chit! del tío encorvado sobre los librotes. ¡Para siempre allí, entre aquellas ropas y muebles viejos, mal olientes! ¡El, que ya había pensado irse de allí, para no volver más, irse al campo, al sol, al arroyo!...

¿Quedarse allí? ¿Y si no se quedaba?

La madre seguía hablándole:

- ¿Quién te dice que el tío Samuel no saca un pretexto y nos eche de su quinta? ¡No sabes como es de vengativo y malo! ¿Adónde iremos con tantos hijos? ¿De qué trabajará tu pobre padre para poder alimentarlos? Hazlo por mí, hijito, por tu madre...

Pucho no oyó más, dio un salto, corrió al negocio donde su padre y su tío hablaban; plantóse ante éste, y habló, gimió más bien, gimió entrecortadamente, ahogado:

-¡Per... per... dón! ¡Perdón!

BUENOS PROPOSITOS

El niño adapta primero las cosas a sí mismo, a su fantasía, a sus necesidades; más tarde se adapta él y se conforma a las exigencias las cosas. No puede someterse a seguir el camino trazado por la experiencia de otro, más que después de haber hecho sus experiencias personales con tal o cual objeto, con tal o cual juego.

Andemars y Lafendel

El árbol de Navidad

Oísteis que fue dicho: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo". Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen... Porque si amarais sólo a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?

¿No hacen también los mismo los malos?

Y si abrazáis a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más?

¿No hacen también lo mismo hasta los malos?

.....

Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco

vuestro padre os perdonará vuestras ofensas".

Jesús - El Sermón de la Montaña

Quico, o "el hijo de la cocinera", según le decían en la casa, preguntó a la madre:

- ¿Mamá, por qué hay tanta fiesta hoy?

- Porque es el día de Navidad, hijo - le respondió la madre, desplumando un pollo.

- ¿Y el día de la Navidad, es el día que nació Jesús?

- Sí.

- ¿Y para festejar ese día el patrón hace fiesta?

- Sí, porque el doctor y su señora son muy cristianos. Ya lo ves, habrá una gran comida, vendrán muchos invitados, ricos señores con sus esposas y sus hijos, y a la noche se colocará el árbol de Navidad.

- ¿El árbol de Navidad, mamita? ¡Qué lindo!

- ¡Oh, será una fiesta espléndida! Me dijo la mucama que van a venir más de cincuenta niños.

- ¡Qué lindo, mamita, qué lindo! ¡Cómo me voy a divertir! Me pondrás el traje de marinero, ese que era de Julio, y que la señora te regaló para mí.

- ¿Y para qué, hijo?

- ¡Para ir a la fiesta yo también, pues! ¿O pensás que me voy a quedar aquí, en la cocina?... ¡Allá habrá juguetes y dulces, mamá!...

- Pero no te han invitado, Quico. ¿Cómo vas a ir? Este árbol lo hacen los hijos de nuestro patrón para sus amiguitos.

- ¿Y yo no soy amigo de ellos, mamá?

- No, Quico!

- ¿No me has visto jugar a la pelota con Julito?

- Con el niño Julito, con el niño Julito; ya sabes que la señora se enojó la otra tarde porque te oyó decirle Julito a secas: el niño Julio. El niño Julito...

- ¿Bueno, no me viste jugar a la pelota con Julito, con el niño Julito?

- Sí.

- ¡Entonces, soy su amigo, pues!

- No, Quico, él es hijo del patrón, que es un señor muy

rico...y vos...

La mujer se detuvo, tiró el pollo desplumado en un tacho de agua, y cogió otro.

- Y yo qué, mamá... - interrogó el niño, que se había quedado suspendido de la frase anterior, con la boca abierta y los ojos siguiendo todo lo que su madre hacía.

Tuvo que volver a preguntar porque su madre, tal vez demasiado atareada, no le respondió enseguida.

- ¿Yo, qué mamita? ¡Qué mamita, yo!...

- El hijo de la cocinera - le contestó ella al fin, en voz baja.

A Quico aquello no le aclaró nada.

- ¿Soy el hijo de la cocinera? ¡Ya lo sé! ¿Y porque soy el hijo de la cocinera... yo... acaso?

- No podés ser amigo del hijo del patrón.

Quico se quedó sin comprender todavía. Aquello era muy complicado para la lógica recta de sus once años: Si él jugaba a la pelota con Julito, ¿por qué no había de ser amigo de Julito? Quedó unos segundos en silencio y mirando a la madre. Esta seguía atareadísima desplumando pollos. Volvió a preguntarla:

- Mamá, no sé por qué yo y Julito...

- El niño Julito y yo, se dice - le corrigió la madre.

- No sé por qué yo y... el niño Julito, no vamos a ser amigos.

- ¿Pero no te lo dije, muchacho? Porque él es hijo del patrón y vos hijo de la cocinera...

- Pero yo no sé por qué...

- ¡Basta! - concluyó, impacientándose, la mujer -. ¡Andá, ayudame a pelar esas papas, y no me preguntés más! Me hacés perder tiempo y hay mucho que hacer.

Quico se puso a mondar papas, resignado a no aclarar aquel enigma: ¿Por qué él, Quico, el hijo de la cocinera, que muchas veces había jugado a la pelota con Julito o con el niño Julito?... Y se le ocurrió otra pregunta:

- Mamá, ¿por qué la señora se enoja si yo le digo Julito? ¿No se llama Julito? ¿Si todos le dicen Julito?

- Se enoja porque él es hijo del patrón y vos el hijo de la cocinera...

Y calló la madre. ¡Vaya con la explicación!, pensó Quico, tan a oscuras como antes, ¡el hijo del patrón!, ¡el hijo de la cocinera!... Su madre todo lo explicaba con esto, y esto no le

decía nada a él, ¡nada absolutamente!

Volvió a interrogarla, tímido al principio:

- Mamá...

- ¿Qué?

- Pero acaso te enojás porque él me diga Quico a mí y no niño Quico?

Rió de buena gana la mujer.- ¡Qué muchacho éste, qué ocurrencias las tuyas, hijo! El hijo del patrón llamándole niño Quico al hijo de la cocinera...

Y volvió a reír a carcajadas.

¡El hijo del patrón! ¡El hijo de la cocinera! ¡Otra vez!

¿Pero, era tonta su madre, acaso? ¿No sabía responder a sus preguntas de otro modo que con esas dos frases?... Y lo enojó verla reír:

- ¿Por qué ríes? ¡Yo no sé por qué! ¡Si no me dice niño Quico a mí, yo le diré Julito, Julito, Julito!

Gritaba. Su madre lo hizo callar, enojada también.

- ¡Fuera, vamos, fuera de la cocina!...

Quico salió corriendo. Se hizo este propósito, en voz alta: ¡No volveré hasta la noche, cuando pongan el árbol de Navidad!

Y se fue a la playa, a chapuzarse en el río con otros muchachos, hijos de pescadores, sus amigos también, y a los que no debía llamarlos niño Pancho ni niña Juana ni niño Pepe; sino Pancho, Juana y Pepe, a secas, ya que sus madres no se enojaban por eso, como tampoco se enojaba la suya porque lo llamaran Quico, a secas también. ¡Vaya con las rarezas de la señora, la madre de Julito! Siempre le había sido antipática: ¡Tan seca, tan gritona! Y se vengó de ella, Quico! A solas, comenzó a gritar, hasta enronquecerse:

- ¡Julito, Julito, Julito, Julito, Julitoooo!...

El rencor que sentía por la señora lo hizo meditar y, mientras se encaminaba lentamente a buscar sus amigos: Pancho, Juana y Pepe, pensó: La señora es cristiana. Quico no podía dudarle, pues, al otro día de estar su madre conchabada en la casa, le preguntó si su hijo había hecho la primera comunión. No la había hecho:

Quico creyó que la señora iba a desmayarse. Con las manos en la cabeza, gritaba:

- ¡Once años y sin hacer la comunión, oh, Dios mío!

¡Mañana mismo irá a la iglesia, a la doctrina cristiana! ¡A que lo preparen para hacer la comunión!

Por eso no dudaba Quico que la señora y el señor eran cristianos. Y desde el día siguiente, por la tarde, Quico fue a la sacristía de la iglesia, donde el cura, un viejo muy simpático, le enseñó, a él y a seis chicos más, la doctrina cristiana. Primero les dijo quién fue Cristo, su vida y su muerte; luego les explicó sus hechos y milagros... A Quico, preguntón como era, se le ocurrió preguntar al cura sobre varias cosas; pero no se atrevió, le imponía respeto. El le hubiera querido preguntar, por ejemplo: - Jesús dijo: "Más liviano trabajo es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios". Entonces, ¿Jesús no era amigo de los ricos? ¿Y si no era amigo de ricos, por qué el doctor y su señora que eran tan ricos, según decían todos los sirvientes, que tenían una quinta tan hermosa, dos automóviles, muebles y trajes tan costosos, por qué eran cristianos, partidarios de Cristo que no era amigo de los ricos? El muchacho no se atrevió a hacer esta pregunta. Ni esta otra que también se le ocurrió: Jesús dice: "Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco nuestro Padre os perdonará vuestras ofensas". Y él había visto que el doctor, una vez que un vendedor ambulante le dijo no recordaba qué osa a la señora que lo había llamado "ladrón", no lo perdonó, como Cristo mandaba, sino que llamó al mucamo y al jardinero, y entre los dos lo hizo echar a empujones a la calle, después de hacerlo golpear. Quico no olvidaba nunca que el vendedor era un viejo y el mucamo y el jardinero lo golpearon hasta sacarle sangre de la nariz, después de tirar por el suelo su mercancía. Y no olvidaba que el señor y la señora gritaban: ¡Bien! ¡Insolente! ¡Fuera! ¿Y a pesar de eso eran cristianos, partidarios de Cristo, que enseñaba a perdonar?... Jesús predicaba pobreza, mansedumbre, y la señora era rica y soberbia. El la oía gritar a las mucamas y, cuando salía de paseo, llevaba joyas y trajes riquísimos.

A él, a Quico, ni lo miraba siquiera. Y una vez que se le ocurrió asomarse al comedor, ella, a gritos, lo echó afuera: - ¡A la cocina, sucio, mocososo, a la cocina con su madre! Y la oyó comentar, indignadísima:

- ¡No faltaba más! ¡El hijo de la cocinera!

¡El hijo de la cocinera! La frase, oída con indiferencia hasta entonces, le comenzó a escocer al muchacho. ¿Qué? ¿Su madre era cocinera? ¿Pero era un delito eso? ¿No era peor ser ladrona que cocinera? Nunca se había animado a hacer tales preguntas al cura viejo. Su seriedad y su cabellera blanca lo imponían; pero en aquel momento, en que lo asaltaban sus meditaciones, en que se hallaba confuso y triste, hubiera querido tenerlo delante y preguntárselo todo... Sin embargo, la señora era cristiana. Su propia madre se lo acababa de decir: Los señores hacen el árbol de Navidad, festejan el nacimiento de Jesús, porque son cristianos. ¿Y si la señora no fuese cristiana, lo hubiera mandado aprender doctrina cristiana con el cura?...

Oyó que le gritaban- Quico! Quico!...

Era Pancho, el hijo del pescador, "el gordo", como él lo llamase sin que el otro se enojase. Pancho le hablaba de lejos, a gritos:

- ¡Pronto, pronto! ¡Tengo dos anzuelos, vamos a pescar!... ¡A pescar! Quico se sintió totalmente feliz, y echó a correr hacia donde estaba su amigo, olvidado de la señora, del cura, y hasta del mismo Jesús... ¡A pescar!

Pasó el día en el río, pescando, comiendo lo que pudo, corriendo y jugando. Regresó de noche a la quinta, cansado, los pies doloridos de tanto andar por las rocas, bostezando de sueño. Al aproximarse, oyó una música que le hizo apretar el paso, hormigueándole la sangre de curiosidad. Oculto entre los árboles, cauteloso fue acercándose a la casa, toda iluminada, tan iluminada que parecía un castillo de fuego artificial. Esta comparación se le ocurrió al niño que la contemplaba embobado.

La música y las flores le turbaban la imaginación, llevándosela a países remotos, ¿dónde?... Se fue acercando más, más... ¡Miró al fin! Subido a la balaustrada del balcón, miró adentro, y creyó caer de asombro. Allí, rutilante de farolitos japoneses, fantástico de juguetes y cajas de dulces, se hallaba el árbol de Navidad, y alrededor de él, danzaban niños y niñas vestidos de mil colores, rientes, felices... Bailan, pensó Quico, y después se llevarán los juguetes y se

comerán los dulces del árbol. ¿Y yo? ¿Ni uno he de tener yo? Pasaba Julito bailando y él, irreflexivo, comenzó a gritarle:

- ¡Julito, Julitoooo, dame un juguete, Julito!

Varias parejas de niños se detuvieron asombrados, aparecieron algunas madres... A Quico no le importaba, él quería un juguete. ¡Había tantos, que bien podían darle uno a él! Por ejemplo: allí había una hermosa pelota grande de varios colores... ¡Qué partido de fútbol haría con sus amigos en la playa!

- Julito, dame esa pelota...

Y oyó la voz seca de la señora que chillaba:

- ¡Abajo de ahí, pillete, abajo de ahí!

Quico no se bajó, impuso condiciones:

- Déme esa pelota y me bajo... ¡Ay!

Un lacayo celoso le había dado una palmada, luego lo tomó de un brazo fuertemente y le aplicó un golpe en la cabeza. Quico se agachó, para librarse de otro golpe, y, a la ventura, cogió una piedra.

Se hallaba ciego de cólera, la transición había sido demasiado brusca: de estar contemplando el maravilloso árbol de Navidad, en aquel salón lleno de niños, flores y luces, a verse en el suelo y golpeado... Corrió un trecho, dio vuelta hacia el lacayo, tiró la piedra lo más fuerte que pudo. Y se lanzó a correr; pero oyó un estrépito de cristales y gritos que lo obligaron a correr más aún, más... Corrió hasta la playa, allí se detuvo, estaba solo, cansado... Y se tiró bajo unos árboles boca arriba, a mirar las estrellas. La noche estival era hermosa, la brisa aromada le recordaba el cisne conque la mucama se ponía polvos, él lo sabía porque una vez se lo pasó por la cara... ¡Buenos gritos se llevó! Y aquel recuerdo ingrato le trajo éste, el de ahora. ¿Qué habría pasado allá? ¿Qué habría roto?... Se quedó mirando una estrella que aparecía y desaparecía entre las hojas del árbol a las que hacía danzar la brisa. Y el río no dejaba de cantar en la playa...

Quico pensó: El río toca la música y las hojas bailan...

De súbito, sin saber cómo, vio ante sí una negra silueta:

¡era el cura viejo, el que le enseñaba la doctrina!

- ¡Señor cura! - gritó el niño, y se puso de pie, con la cabeza

mustia, avergonzado de su acción, que el cura sabría ya, seguramente.

- Nada temas, hijito - respondió el cura -. Nada temas, ven conmigo.

El no dudó y, lo que más le asombrara, no temió tampoco. Se fue tras del cura y se hallaron en la quinta.

Oyó la música que lo embelesara, vio las luces que lo habían embobado. Y al llegar él, muchos niños se le adelantaron a recibirle, y Julito y Lola, los hijos del patrón, cogieronle uno de cada mano. Vio ante sí al doctor y a la señora rodeados de señoras y señores lujosos; todos le sonreían y lo miraban bondadosamente. Vio también, qué, Pancho, Juana y Pepe, sus amigos, los hijos de los pescadores, se hallaban allí.

Descalzos como siempre, sucios y malvestidos, pero nadie reparaba en ello y los niños lujosos les daban las manos.

¿Vio, qué? ¿Pero no era su madre, esa? ¡Sí, su madre, la cocinera! Ah, pero no vestía su delantal pringoso de cocinera, llevaba un traje lila lujosísimo, un traje que él vio a la señora una vez, ¡y un collar de perlas que él también había visto a la señora! ¡Los llevaba su mamá! Quico deseo hablarla... Pero oyó al cura, al cura que con voz grave y dulce de siempre, decía:

- Jesús nos ha enseñado: "Oísteis que fue dicho: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo". Mas yo os digo: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen..."

Quico llorando, protestó:

- ¡No, no, no! Yo no soy enemigo de la señora, yo no la aborrezco; me era antipática porque me trataba mal, porque gritaba a mi madre y a los demás sirvientes; pero ahora es buena, tiene razón mi madre, la señora es cristiana... No habló más. El llanto lo impedía, un llanto copioso que le llenaba de ternura el corazón infantil. En aquel momento, si la señora se hubiese estado ahogando, él se hubiera tirado a salvarla o a morir con ella... Y el viejo cura prosiguió, recitando las palabras del Evangelio:

- "Porque si amarais sólo a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los malos? ¿Y si abrazáis a vuestros hermanos solamente, qué hacéis de más? ¿No hacen también lo mismo los malos?"

Verdad, pensó Quico, la señora amaba a sus hijitos, ¿era cristiana por eso? ¡No! ¡Ahora sí es cristiana, ahora que me ama también a mí, el hijo de la cocinera!...

Y siguió oyendo al viejo cura que decía:

- "Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro padre os perdonará vuestras ofensas".

Y Quico vio en sus manos la hermosa pelota de colores que tanto deseaba. Julito, el hijo del patrón, se la acababa de dar, y él dijo:

- ¡Gracias, Julito; gracias, niño Julito!...

- ¡No, niño Julito, no! ¡Llamale Julito como él te llama Quico! ¿Acaso él te dice niño Quico, por qué has de llamarle niño Julito?...

Era la señora quién así le hablaba, pero no era la señora seca y gritona de todos los días, sino una señora sonriente, de voz amable... ¿Y qué veía, qué veía? ¡La señora vistiendo el delantal de cocinera de su madre! ¡Le había dado su vestido y ella vestía su delantal!... Confuso estaba Quico, y aún oyó al señor, a quien todos los sirvientes hablaban doblándose y descubiertos; le decía:

- No llamés niño Julito y niña Lola a mis hijos; llámales Lola y Julito solamente. Nosotros somos cristianos.

¿Cristianos? ¡Sí, lo eran; sí! ¡Y él que llegó a dudar! ¡Qué arrepentido estaba!

Entró entonces el lacayo, el que lo golpeará, y se llegó a él, traía una piedra en la mano, la misma piedra que él le había tirado, y se la alargó diciéndole:

- Tomá, Quico, yo te golpee, hice mal. Tomá, tirame esta piedra por la cabeza, golpeáme ahora. Me la tiraste, y en vez de golpearme a mí has roto...

Quico recordó entonces que algo había roto, no sabía qué, ni veía qué, todo se hallaba sano. Interrumpió al lacayo, rechazándole la piedra:

- Yo te perdono los golpes, porque soy cristiano y Jesús nos ha dicho: "Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas".

Y habló por última vez el viejo cura, habló en tanto abrazaba a Quico; decía estas otras palabras de Jesús:

- "Dejad a los niños, y no les impidáis de venir a mí; porque de los niños es el reino de los cielos".

Oyose la música otra vez, y todos comenzaron a danzar en torno del árbol de Navidad. Quico bailaba con Juana, ¿bailaba?... El no sabía bailar ni Juana tampoco, pero tomados de la mano, saltaban, saltaban riendo, felices, y así, saltando y riendo, salieron hasta la playa. Ya era de día, un día hermoso de sol, y allí comenzaron a jugar con la pelota de colores, jugaban al fútbol; y reían cada vez que la pelota caía al agua, y ellos entraban en ella, jugando carreras a ver quién la cogía.

- ¡Aquí está el pillete!

Quico sintió que una mano enérgica lo aferraba de un brazo. Despertó y, restregándose los ojos, dijo:

- ¿Eh?

- ¿Eh? ¡Que debía hacerte llevar preso!

Era el doctor quien lo hablaba, tenía duros el ceño y los ojos. De un tirón lo puso de pie.

- ¡Vamos!

Quico, aún sin salir del todo de su sueño, se dejó conducir, llegaron hasta el automóvil que los esperaba. Y el señor dijo al chofer:

- ¡Aquí está este pillo, este sinvergüenza!

De un empujón lo subió al pescante, y el coche comenzó a andar. Quico, humillado y triste, acurrucábase lo más posible en el asiento, junto al chofer. Se hallaba temeroso y asombrado. Casi no se atrevía a pensar. ¡Había sido solo un sueño todo lo que había visto, todo eso tan hermoso! ¿Por qué las gentes son tan buenas en los sueños y tan malas en la vida?

De vez en vez, desde atrás, le venía la voz áspera del amo:

- ¡Pillo, sinvergüenza; vas a parar en ladrón si sigues así!

Y el chofer lo secundaba:

- ¡Oh, está hecho con la pasta de los que van a dejar los huesos en una cárcel! ¡Es un bandido!

- ¿Sabes bien lo que has hecho? - le preguntó el amo, zamarreándole, y más colérico aún: ¿sabes lo que has hecho? ¡Has roto el espejo del salón! ¡Un espejo que vale muchos cientos de pesos, muchos!...

Y el chofer:

- Tu madre tendrá que trabajar varios años para poder pagarlo...

¡Había roto el espejo del salón, aquel magnífico espejo que ocupaba toda la pared, desde el zócalo hasta la cornisa! Quico quedó anonadado. ¿Qué había hecho? Necesitó disculparse, y como no se atreviera a hablar al amo, habló al chofer:

- Yo no lo hice a propósito... yo...

- ¿Qué dice? - preguntó el señor.

- Dice que no lo hizo a propósito - explicó el chofer.

- ¡Calla! ¡Calla! - gritó el amo enfurecido -: ¡calla, porque te voy a dar un bastonazo!

Y se lo dio, en la cabeza, no fuerte, pero le hizo doler. Quico lo miró de reojo, con una mano tocándose la cabeza dolorida, a ver si le sangraba, con ese terror instintivo que sienten los niños al ver sangre propia.

- ¡Vea cómo me mira! ¡Con qué ojos! - rugió el amo.

- ¡Con ojos de criminal! - subraya el chofer.

¡Qué odio sintió Quico hacia éste! Al fin, al amo le había roto el espejo del salón, pero a éste, ¿qué le había hecho?, ¿por qué lo injuriaba él también? Y lo miró con más ojos de odio. El chofer, comprendiendo, lo amenazó- ¡Conmigo no vas a jugar, eh, atorrantito! ¡Yo te doy una cachetada que te tumbo!...

Y Quico se sintió a merced de aquellos dos hombres amenazantes, los que ahora sonreían como estúpidos y sin dejar de injurarlo:

- ¡Pillo!

- ¡De lástima no te hago llevar a la cárcel, ladronzuelo!

¿Ladronzuelo?, ¡pero si él nunca le había robado nada a aquel señor! Deseos tenía de preguntar qué le había robado; temió que le respondiese con otro golpe... Intentó abrir la portezuela del automóvil, y escapar. Dos garras lo cogieron: el señor de la espalda y el chofer de un brazo.

- Déjelo nomás, déjelo - dijo el doctor al chofer; ¡ya lo tengo seguro! - Y lo dijo con un tono de vencedor satisfecho, que no escapó a la precocidad aguda del niño. ¡Valiente hazaña hacía el señorón aquél! ¡No dejar moverse a un chiquillo flaco!... Y así anduvieron, el señor sin soltarle, hasta que el automóvil se detuvo frente a la quinta.

- ¡Bajá, pillo, ladrón! - le dijo el amo y a empellones lo tiró del automóvil al suelo -. ¡Bajá! Tomá! - le largó un puntapié

que Quico esquivó y echóse a correr instintivamente hacia la cocina. Oyó al doctor que le gritaba:

- ¡Andá con tu madre, pillo, y a la calle, a la calle los dos!...

Llegó a la cocina. Su madre, sentada y cabizbaja, con el bulto de sus pocas ropas a un lado, lo esperaba a él seguramente, porque al verlo entrar irguióse:

- ¡Vamos! - le dijo.

Y echaron a andar hasta salir por la puerta de atrás de la quinta. El esperaba una fuerte reprensión de su madre, y ésta nada le había dicho, no se atrevía ni a interrogarla a dónde iban. Caminaron hasta llegar a la estación. Un empleado a quien la madre preguntó cuánto faltaba para el tren que iba a la ciudad, le respondió:

- Faltan diez minutos.

Quico supo así que volvían a Buenos Aires a vivir en el conventillo sucio en el que vivían antes de ir a esa hermosa quinta de Olivos... ¡Y allá no había río para correr, bañarse y pescar! ¿Y sus amigos Paco, Juana, Pepe?... Preguntó a su madre sin saber por qué le preguntaba, tal vez necesitando hablar a fin de entretener sus pensamientos:

- ¿Mamá, por qué nos vamos? - ¿Y me lo preguntás todavía, hijo? - le respondió la madre, con acento muy triste -. Nos vamos por culpa tuya, has roto el espejo del salón.

- Yo no lo hice a propósito, mamá, el lacayo me pegó... y yo le tiré la piedra a él, no al espejo...

- Andá a decirle a la señora eso; la vieras como estaba, lo que me decía. Me dijo de todo; y yo sin saber qué había pasado. Me echó anoche mismo, sin pagarme un centavo. Ya lo ves, he trabajado gratis quince días. Todo por tu culpa...

Quico ya no pudo más, y tiró la cabeza sobre el regazo de la madre, a llorar, a llorar... Lloraba sin consuelo, ¡se sentía tan desgraciado! De buena gana se hubiera acostado sobre los rieles del tren... La madre comenzó a acariciarlo y a hablarle:

- Vamos hijo mío, pobre hijo mío, no llores más. Ellos te han dicho muchas cosas, pero yo sé que no sos malo, Quico. Tu mamita sabe que no sos malo, que rompiste sin querer el espejo...

Y lo besaba, lo besaba en la cabeza dolorida, en los ojos cegados de tanto llorar, lo besaba, lo besaba. Quico no lloró más. Sintió que el corazón se le hinchaba de consuelo; ¿qué

le importaba al fin si los demás lo creían malo, si su madre sabía que era bueno?...

Quedó apoyado contra ella, sin llorar, dejándose acariciar la cabeza... Así estuvo unos minutos, y habló de pronto, vuelto a su locuacidad y a sus razonamientos de niño precoz:

- Mamá: ni el señor ni la señora son cristianos.

- ¿Por qué, hijo? - le preguntó la madre- Porque ellos no debían haberte echado, y sin pagarte. Ellos no son cristianos, entonces. Si fueran cristianos nos hubieran perdonado a los dos. El cura me enseñó en la doctrina cristiana que Jesús dijo: "Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco el Padre os perdonará vuestras ofensas".

- Y sin embargo, son cristianos - arguyó la mansa mujer -, ya ves como festejan el nacimiento de Cristo, cómo hacen un árbol de Navidad...

Quico no se dejó convencer por ese argumento. Replicó:

- Sí, pero Jesús...

- ¡Dejame, nene - lo interrumpió la madre cogiendo el bulto de sus ropas -, dejame, ahí viene el tren! ¡Vamos!...

- ¡Vamos!...Pero Jesús dijo... Jesús...